

El maestro

El maestro

Lázaro Suárez Sousa



La Habana, 2012

Edición: *María Luisa García Moreno*
Diseño y realización: *Lozano*
Ilustración de cubierta: *Luis Bestard*
Fotos: Archivo de Verde Olivo
Corrección: *Maricel Pérez Aguilera*

© Lázaro Suárez Sousa, 2012
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2012

ISBN 978-959-224-306-4

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10693
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

*A los más de 290 compañeros caídos
durante la Lucha contra Bandidos.
Al Héroe de la República de Cuba,
general de división Raúl Menéndez Tomassevich.*

*Los maestros serán mañana los mejores soldados de la libertad.
Hay que sembrar de escuelas la tierra que libremos de la opresión
y empezar desde ahora la obra.*

FIDEL CASTRO RUZ
(Carta a la maestra Nancy Reyes,
16 de noviembre de 1957.)

Prefacio



Nadie nace soldado, pero ningún soldado posee más altos valores éticos que aquel que va a las acciones bélicas inspirado en ideas justas, con un total desprendimiento y gran sensibilidad humana.

Los hombres que integraron voluntariamente las filas de la Lucha contra Bandidos (LCB), entre los años 1959-1965 en Cuba —primeros años tras el triunfo de la Revolución que derrocó la dictadura de Fulgencio Batista—, se fueron forjando como soldados en el fragor del combate y el diario sacrificio en aras de defender las conquistas y esperanzas de un pueblo que recién iniciaba una etapa de cambios trascendentales para

toda la sociedad. La inmensa mayoría eran humildes campesinos y obreros que no habían podido siquiera completar los estudios primarios. Muchos de ellos habían sido alfabetizados en 1961, durante la Campaña de Alfabetización; pero era necesario lograr que continuaran estudiando para hacer realidad el pensamiento martiano de que “Ser cultos es el único modo de ser libres”.¹ Simultanear su preparación como soldados y su instrucción cultural no resultaba en aquellas condiciones una tarea nada fácil.

El grupo de maestros populares a quienes correspondió la honrosa misión de impartir clases a esos soldados-alumnos, entre ellos el Maestrico, tuvo que irse formando, primero, como soldados, pues no se trataba de esperar el regreso de la tropa tras las acciones combativas para impartir las clases; sino de participar junto a ellos y hacer gala de una gran fuerza de voluntad para cumplir después la tarea asignada: el Seguimiento, como se denominó el proceso de instrucción posterior a la Campaña de Alfabetización. Por tanto, el cargo que ocupaban en la plantilla de la unidad militar era el de soldado-maestro.

El Maestrico conoció entonces que el soldado no siempre sabe por qué lo despiertan tirándolo bruscamente de la hamaca, le ordenan formar y, en minutos, está ya sobre un camión que marcha en una dirección desconocida para él y sin tener idea del tipo de operación militar a la cual ha sido destinado.

Se baja del camión y, en columna de a uno, avanza detrás de su compañero. Aún está todo oscuro y no se ve nada; pero gracias a las botas recibidas de la antigua Unión Soviética, los pies no se le hacen añicos contra las piedras. Tropezaba con el que va delante o el de atrás choca con él. Le pesan, cada vez más, la mochila y el fusil o metralleta. La distancia entre los combatientes, establecida en el reglamento no se cumple, ni en verdad puede ser controlada por nadie. Subir la loma es

¹ José Martí: “Maestros ambulantes”. En *Obras completas*. Tomo 8, Centro de Estudios Martianos, Colección digital, 2007, p. 289.

duro; pero bajarla es peor y aún más si el fango se ha vuelto resbaladizo.

La exigencia del jefe es constante. Inconforme, a veces ordena caminar o correr más rápido, más rápido. Al llegar a un sitio determinado se le ordena al soldado que ocupe una posición, y se le indican los sectores de fuego y algún que otro dato de importancia. En fin, no hacen falta muchos detalles. Se supone —aunque no siempre sea así— que ya es un experto en esas cosas. Solo en ese momento el soldado puede deducir: “Estoy en un cerco, o un entrecerco, o una siquitrilla, o una línea desde la cual partirá el peine. Emboscada, está claro que no es, pues en ese caso, sí se extreman los jefes dando instrucciones acerca de qué hacer o no hacer. Como si fuera posible instruir previendo todo lo que va a suceder en una emboscada, sobre todo si es nocturna”.

Antes de salir del campamento, quizás le dieron un poco de chocolate caliente en un jarrito de aluminio, que no hay quien le pegue los labios; si llegó el abastecimiento, además, un trozo de pan. Después, aguanta y resiste, soldado, que ese suculento desayuno nocturnal es probable que, sin saber cómo, se convierta en el único almuerzo y comida que disfrutes en todo el día.

La elección del lugar para satisfacer las necesidades fisiológicas durante la caminata o en el lugar donde lo ubicaron es un problema que debe resolver cada cual. Acudirá al saó o a campo traviesa y no le quedará más remedio que olvidar el pudor si el sitio escogido queda a la vista. Si hay papel, bien; si no, empleará la hoja de plátano u otra cualquiera, pero habrá que tener cuidado de no confundirse y emplear aquellas plantas que no conoce, como el chichicaste,² pues podría pasarla mal.

² **Chichicaste** o **chichicastle**. En América Central y Cuba, arbusto silvestre espinoso, de tallo fibroso, que se utiliza para cordelería. Tiene hojas grandes, alternas, dentadas, verdes, peludas por encima y más pálidas en la parte inferior, flores amarillas agrupadas y por fruto una baya blanca.



Avanzan en columna de a uno...

Debe ahorrar el agua de la cantimplora, porque si se le agotara y luego no lo ubican cerca de un arroyo, manantial o pozo tendrá que volverse una especie de camello tropical. Y ¡claro!, debe tener presente que si los alimentos aún no han llegado, por el mismo camino y quizás hasta en el mismo transporte venga el agua.

¡Ah!, y que no se le ocurra fumar si no sabe cómo escon-der la punta ardiente del cigarro, ya que esta es visible en la oscuridad aun a una gran distancia y, si lo descubren, corre dos riesgos: o le sirve de tiro al blanco al enemigo aunque sea de piel tan negra como la noche o lo descubre el jefe y ¡allá va eso!, no hay quien le quite de encima la descarga musical. Del café, debe olvidarse, si acaso podrá beberlo en el campamento, aunque no siempre.

Lo mismo ocurre con el baño. Si es en invierno, volar el turno es habitual y resulta a la moda: o apesta como los demás o los “perfumes de campaña” lo asfixian. Tiene para escoger. El soldado de la LCB siempre tiene opciones: o se come el boniato hervido y la carne rusa con grasa y todo, o lo deja.

Simple, así de simple es el mundo del soldado. Aunque, a decir verdad, no siempre es tan simple. Por ejemplo, difícil le resulta al combatiente entender por qué el comandante Víctor Dreke³ —uno de los principales jefes de la LCB en aquel entonces—, se “ripió” el uniforme y el pellejo junto a él, peinando marabuzales y, sin embargo, pasa por allí un capitán, en su yipi soviético de cuatro puertas, todo planchadito el uniforme verde olivo y ni saluda, ni se baja para conversar un poco con los soldados. Parece que ese oficial no asimiló las enseñanzas del Comandante en Jefe. A esa hora, al soldado

³ VÍCTOR EMILIO DREKE CRUZ (Sagua la Grande, Villa Clara, 1937). Destacado protagonista del movimiento revolucionario cubano. Al concluir la guerra de liberación, era capitán del Ejército Rebelde. Fue uno de los principales jefes de la Lucha contra Bandidos en el Escambray. Combatió en Girón. Fue segundo jefe de la fuerza que, bajo el mando de Ernesto *Che* Guevara, cumplió misión internacionalista en el Congo.

le dan ganas de abrazar a Dreke, por su historia y por su ejemplo personal, y ¡claro!, ve con mala cara al capitán narizón, pero piensa: “Si capitán es, su historia tendrá”.

De todas formas, a ningún combatiente, ¡qué val!, ese tipo de jefe le cae bien. La tropa de la LCB sigue hasta la muerte a jefes que, como Dreke y tantos otros, se la juegan junto a él, a costa de su propio pellejo. No fue por casualidad sino por sus extraordinarias condiciones humanas, que Dreke fue seleccionado para acompañar al Guerrillero Heroico, el comandante Ernesto *Che* Guevara, en la misión internacionalista que realizara en el Congo, África.

Al anochecer, el soldado debe amarrar con esmero la hamaca a los cafetos u otros árboles. La capa de nailon debe quedar por encima, para que no le hagan daño la frialdad de la noche y el sereno. Un buen abrigo o enguatada para protegerse del frío, y ¡a dormir! Después, en la medianoche, irrumpe una llovizna pertinaz que sutilmente va penetrando por la sogá, por los bolsitos que se acumulan en la capa. Comprenderá, poco a poco, al sentir el frío de Topes de Collantes, que resulta más cruel que el que resisten los esquimales en el Ártico, pues este está pasado por agua.

Le ordenan que cave trincheras y se proteja. Lo segundo lo logra gracias a la madre naturaleza; pero lo primero casi nunca lo cumple y solo cuando comienzan los tiros, se pega a la tierra y maldice su vagancia mientras piensa: “¡Si hubiera ahora un hueco donde meterme!”.

¿Y qué decir de los relevos sin reloj durante la noche? Su compañero, nada más y nada menos que su más cercano compañero, el que seguro, seguro, es capaz de dar hasta la vida por él, lo despierta y le dice: “Dale socio, que ya son las dos y a ti te toca hasta el amanecer; ya yo me ‘janié’ la guardia desde que oscureció”. Él, por supuesto, se levanta de su comfortable hamaca o se incorpora del piso que le sirve de colchón y comienza un turno de guardia que se hace eterno y parece no tener fin. Después se



Víctor Dreke, uno de los más queridos jefes de la LCB.

da cuenta de que lo engañaron y la pobre progenitora de aquel que le mintió sufre las consecuencias al ser mentada más de una vez. Solo lo calma el vengativo pensamiento de que “donde hay desquite, no hay agravios”. Ya le tocará a él y luego, tan amigos como siempre.

El soldado de la LCB es también un equipo vivo de comunicaciones. Es un constante receptor-trasmisor de informaciones y órdenes: “¡Oye, corre la voz de que va a empezar el peine, pero bajito, ¡coño!, para que no lo oigan los alzados!” o “¡El cabo Jarpe, que vaya a ver al teniente José Luis!” o...

Cuando la estancia en el cerco se prolonga por varios días, tienen lugar las tandas de cuentos; casi todos, aun los más serios, enriquecidos con succulentas mentiras. No en balde, durante la guerra de liberación, en la invasión, el comandante Ernesto *Che* Guevara, en cierta ocasión le sacó la cuenta al capitán del Ejército Rebelde, Roberto Rodríguez, el Vaquerito,⁴ ya que de acuerdo con sus cuentos debía tener más de cien años de vida. A juzgar por esos relatos, casi todos los soldados de la LCB son como el Vaquerito.

Los temas suelen ser muy variados. Lo mismo se habla de deportes, del cine, de lo buena que está la trigueña que vive en el bohío cercano al campamento... Entre los cuentistas hay especialistas de todo. Proponga usted cualquier tema y podrá comprobarlo. De pelota saben más que el famoso comentarista deportivo Eddy Martin y de pintura, Picasso⁵ es un novato. Resulta de gran interés para todos

⁴ ROBERTO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, EL VAQUERITO (Perea, Sancti Spíritus, 1935-Santa Clara, 1958). Legendario guerrillero cubano que alcanzó el grado de capitán del Ejército Rebelde; fue el jefe del Pelotón Suicida de la columna invasora mandada por el Che y uno de sus hombres más valientes e intrépidos.

⁵ PABLO RUIZ PICASSO (España, 1881-1973). Pintor y escultor considerado uno de los artistas más importantes del siglo XX. Genial artista, que innovó técnicas y estilos, y fue uno de los creadores más prolíficos de toda la historia.

cualquier tema delicado, como el de la infidelidad matrimonial. Ahí lo mismo detectas un Otelo,⁶ que un “tarrú” en potencia. Y del machismo ni hablar. El soldado es machista al estilo mexicano, ¡macho de pura cepa! Demuestra su valentía y coraje en cada combate. Siente miedo, pero lo domina y termina vencéndolo. Cuando por primera vez escucha el silbido de las balas hasta recuerda las películas de pistoleros del oeste, y piensa: “¡Verdad que chiflan, cará...!, aunque “bala que chifla, bala que no mata”.

Los estilos en el combate son disímiles: se dispara de pie, sentado, acostado y hasta enrollado como un majá. Todos recuerdan como lo hacía en la guerra de liberación el comandante Camilo Cienfuegos: de pie, exponiendo el cuerpo a las balas. En la LCB pelean de pie el cabo Jarpe Surita —coronel internacionalista de las FAR, fallecido en la República Popular de Angola—, el teniente Gustavo Castellón,⁷ el legendario Caballo de Mayaguara y muy pocos más.

El Caballo de Mayaguara es, sin dudas, el hombre leyenda, el ídolo popular más conocido de todas las unidades de la LCB.

El soldado de la Lucha Contra Bandidos es continuador del guerrillero del Ejército Rebelde y del mambí. Es patriota y revolucionario a carta cabal. Posee una alta sensibilidad humana; es desprendido, modesto y, en el combate, fiero y audaz. Todo ello está indisolublemente ligado a sus convicciones. Él sabe por qué y contra qué lucha. Poco ha oído hablar del marxismo-leninismo y si oyó algo, poco conoce o entiende acerca de esas ideas. Sabe de Martí y Ma-

⁶ Otelo. Protagonista de *Otelo, el moro de Venecia* (escrita hacia 1604) por WILLIAM SHAKESPEARE (1564-1616), poeta y autor teatral inglés, considerado uno de los mejores dramaturgos de la literatura universal.

⁷ GUSTAVO CASTELLÓN MELIÁN, EL CABALLO DE MAYAGUARA (Fomento, Sancti Spíritus, ?-1991). Estuvo vinculado al Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario. Fue un destacado jefe de la Lucha contra Bandidos, en el Escambray. Se dice que fue el jefe miliciano que más alzados capturó en esta región.



Gustavo Castellón, el legendario Caballo de Mayaguara.

ceo, y es más que nada un fidelista incondicional. Siente un gran respeto y admiración por los mártires de la Patria, y constantemente menciona a Camilo y al Che. Está convencido de que en esta lucha no está solo, que junto a él está la mayoría, su pueblo. Quizás le tocó a él sacrificarse un poco más que a otros, pero no se queja y echa pa'lante.

Aprendió a leer y a escribir hace poco, pero ¡qué caray! Ahora está en el Seguimiento y se esfuerza, decidido a superarse. Eso sí, su fusil se lo conoce de punta a rabo y siempre lo tiene “a pedir de boca”.

Cuando se integró a la LCB no preguntó: ¿cuánto me van a pagar? No está movilizado por dinero, sino porque la razón de su vida es luchar contra la injusticia. A él, “el arroyo de la sierra le complace más que el mar” como verdadero martiano y revolucionario.

¡Así son los soldados de la LCB! Los hombres maravillosos que tuvo el honor de conocer el Maestrico. De ellos aprendió mucho más de lo que fue capaz de enseñarles; aunque fue, hace casi cincuenta años, soldado-maestro.

De Varadero al Escambray



De la hermosa playa de Varadero salió en 1961 para participar en la Campaña de Alfabetización, entonces no había cumplido los trece años. En noviembre de 1962, helo aquí con sus escasos quince años, en la Escuela de Maestros Populares de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Pepito Tey, primer curso, campamento Granma, Varadero. Esta vez vino respondiendo a un llamado de la Unión de

Jóvenes Comunistas, de la cual fue fundador, luego de pasar por la Asociación de Jóvenes Rebeldes y las Patrullas Juveniles Capitán Osvaldo Herrera, para integrarse voluntariamente a las filas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.



Combatientes de ese primer llamado para integrarse a las fuerzas armadas.

Cuando la Escuela de Maestros Pepito Tey se inauguró, ingresaron más de quinientos alumnos. La convocatoria se había publicado en la prensa y la Unión de Jóvenes Comunistas exhortaba a sus militantes para que se incorporaran voluntariamente a las FAR. Como dirigente del comité de base de la secundaria básica Manuel Sanguily, de la barriada de Lawton, en la ciudad de La Habana, debía dar el ejemplo. Decidieron incorporarse juntos tres amigos del barrio: Ramoncito, William y él.

La cifra de graduados a finales de enero de 1963 —el curso se había prolongado por tres meses— se redujo sustancialmente dada la elevada rigurosidad de la disciplina militar y el orden establecido. Las clases de infantería fueron frecuentes. Estaban constantemente en formación. Se controlaba el orden interior en los dormitorios, así como el porte y el aspecto militar. Cualquier incorrección era sancionada con un demérito.

Al finalizar la semana se celebraba la corte y aquellos que acumulaban un número considerable de deméritos no recibían autorización para salir de pase. Incluso, los errores en la propia corte ocasionaban una buena dosis de deméritos por causas tales como: ojal desabotonado, saludo militar mal ejecutado, deficiente posición de atención —la actual posición de firmes—, réplicas... El caso es que poco pudieron disfrutar de los encantos de Varadero, pues, por una o por otra causa, casi siempre perdían el pase.

La mayor parte de las bajas fueron por indisciplinas y otras producto de la “limpieza” que, por diversas causas, se hizo entre los que habían ingresado en este curso.

La graduación se realizó en el histórico teatro Sauto, de Matanzas, y desde allí partieron hacia los mandos designados, ya en su condición de soldados-maestros. El salario mensual era de 60 pesos. Veinte de los egresados fueron destinados al Ejército del Centro, cuyo jefe era entonces el Comandante de la Revolución, Juan Almeida Bosque.

Cuando se presentaron en el reparto La Vigía, en la ciudad de Santa Clara, ante el comandante Julio Camacho Aguilera, jefe de la Sección Política del Ejército, se les informó que su trabajo sería en las unidades de la Lucha contra Bandidos, en el Escambray.

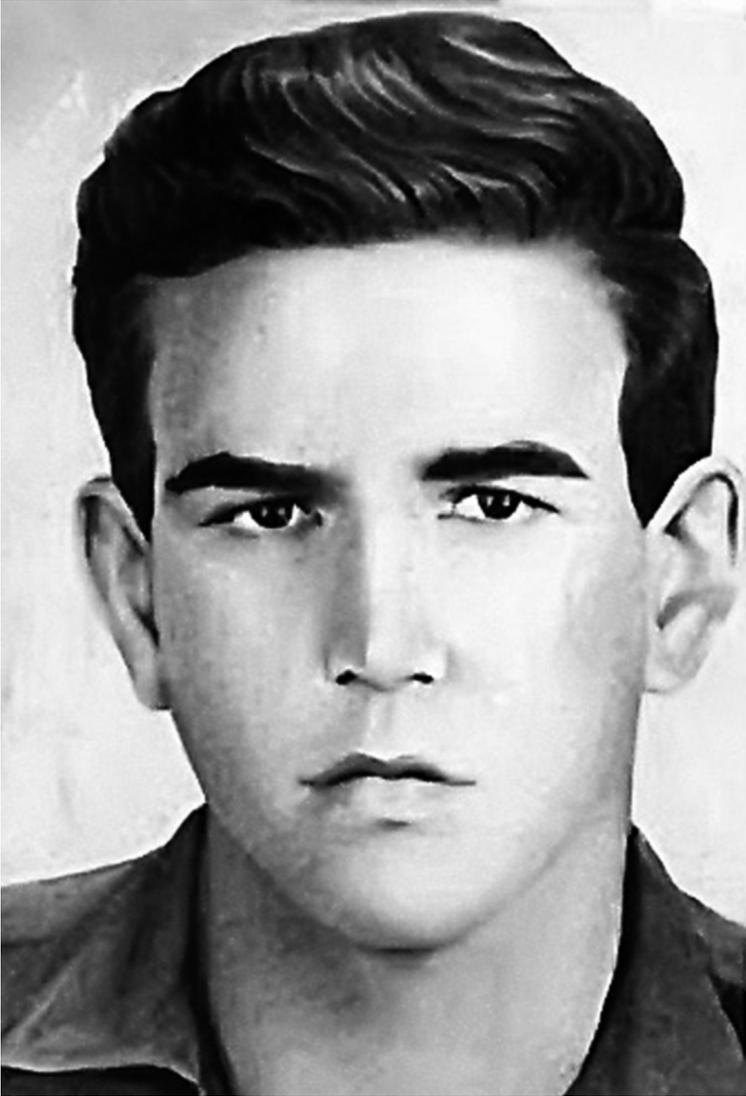
Una vez concluida esta reunión, desapareció, como por arte de magia, uno de los veinte, el cual era de San Juan de los Yeras. ¡Se rajó *ipso facto*!,⁸ al conocer que iban para las lomas, donde los bandidos ya habían asesinado a los maestros Conrado Benítez⁹ y Manuel Ascunce,¹⁰ así como a muchos campesinos.

Entre los veinte compañeros de ese grupo estaba Ángel Berriel Peña, de Jovellanos, provincia de Matanzas. Quizás por el hecho de que era matancero o porque coincidían en ideas y conductas, se estableció una buena amistad entre él y el Maestrico. Sin embargo, nunca coincidieron en ninguna unidad de la LCB y solo se volverían a ver después de 1985 —veintitrés años más tarde—, en una reunión donde se chequeaba la ejecución de obras militares en la región

⁸ *Ipsa facto*. Locución latina que significa “por el hecho mismo, inmediatamente, en el acto”.

⁹ CONRADO BENÍTEZ MEDINA (Matanzas, 1943-Sancti Spíritus, 1961). Integró el contingente de maestros voluntarios de montaña que se preparó en Minas de Frío, en la Sierra Maestra. Fue ubicado en una escuelita rural del lomerío de Tinajitas, cerca de Trinidad. Fue el primer maestro asesinado por los bandidos. Al respecto, Fidel expresó: “Era pobre, era negro y era maestro. He ahí las tres razones por las cuales los agentes del imperialismo lo asesinaron [..]”. Y añadió: “Ese maestro será como un símbolo [..]”. Y así fue: su nombre y su ejemplo se multiplicaron en las Brigadas Alfabetizadoras Conrado Benítez.

¹⁰ MANUEL ASCUNCE DOMENECH (Sagua la Grande, Villa Clara, 1945-Trinidad, 1961). Durante el ataque mercenario por Playa Girón, realizó guardias para proteger su escuela. Era miembro de la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR) e integrante de las Brigadas Alfabetizadoras Conrado Benítez. Fue asesinado en las montañas del Escambray por bandas armadas al servicio de Estados Unidos.



Manuel Ascunce Domenech, mártir de la alfabetización.

central del país; por entonces, Berriel era miembro del Comité Provincial del PCC, en Matanzas —atendía el área de las construcciones— y el Maestrico era jefe de la sección de almacenes, en la entonces Dirección de Combustibles del Minfar.

¡Quién sabe si otros miembros de ese grupo tienen también altas responsabilidades en la dirección del país! O quizás no. No obstante, lo importante es que en ese momento histórico desempeñaron el papel que les correspondía como jóvenes revolucionarios. Hoy son otras las circunstancias, pero la misma convicción. Vale recordar lo expresado por el máximo líder de la Revolución Cubana: “¡Nosotros entonces habríamos sido como ellos, ellos hoy habrían sido como nosotros”.¹¹ Es la continuidad histórica de la Revolución.

De la existencia de los bandidos ya tenían conocimiento. El propio Maestrico, durante la Campaña de Alfabetización, en la finca Manantiales, en la sierra del Rosario, provincia de Pinar del Río, había sabido que el primero de septiembre de 1961 se había producido el asesinato de tres milicianos en el poblado de Cinco Pesos —lugar cercano a la casa donde alfabetizaba— por la banda del autotitulado comandante Pedro Celestino Sánchez. Por esa zona también estuvieron operando las bandas de los cabecillas Pastor Rodríguez Roda, Cara Linda; Escapate; Machete; el Habanero y otros.

En las antiguas provincias de Las Villas —hoy Villa Clara, Cienfuegos y Sancti Spíritus— y Camagüey —hoy Ciego de Ávila y Camagüey—, se había creado, por orden del jefe del Ejército Central, el cuerpo de la LCB el 3 de julio de 1962 —después de la primera limpia del Escambray y de la victoria en Playa Girón y Playa Larga contra la invasión mercenaria organizada y apoyada por el Gobierno de Estados Unidos.

¹¹ Fidel Castro Ruz: Discurso pronunciado en honor a los mártires del 13 de marzo, en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1965.

DECALOGO DEL BRIGADISTA

- 1- Honraremos a Cuba alfabetizando a los campesinos más aislados. Nuestra tra es la consigna martiana: "Cada quien mártir muere en vano, cada idea se pierde".
- 2- Nuestra conducta será la más elevada moral y de la castidad revolucionaria que reclama la emancipación del analfabetismo.
- 3- Nos integramos, como compañeros, a la vida y luchamos de nuestros humildes campesinos.
- 4- Respetaremos y haremos respetar los postulados de la Revolución para merecer el honoroso título de Brigadistas de la Alfabetización.
- 5- Cultivaremos el compañerismo sobre la base de la fraternidad revolucionaria y el trabajo en común, y con la firme convicción de hombres libres de prejuicios.
- 6- Trabajaremos afanosos y seguros de que la vida del campo nos dará su hermosa experiencia para ser al final y al regreso mejores estudiantes y revolucionarios más concientes.
- 7- Como jóvenes revolucionarios estamos obligados a ser responsables de cada uno de nuestros actos y a ser dignos de los que trazaron el camino de la libertad con su sacrificio.
- 8- Nos abastondaremos la tarea por grandes que sean las privaciones, las dificultades y los sacrificios. Un brigadista Conrado Benítez jamás será un desertor.
- 9- Trabajaremos afanosos y seguros de que la vida del campo nos dará su hermosa experiencia para ser al final y al regreso mejores estudiantes y revolucionarios más concientes.



Reverso del carné de alfabetizador, con el rostro de Conrado Benítez.

El comandante Tomás —así llamaban todos entonces a Raúl Menéndez Tomassevich,¹² quien llegaría a ostentar el grado de general de división— recordaba en septiembre de 1980: “No era extraño encontrar a un combatiente de la LCB alfabetizando; cooperando con los campesinos en tareas económicas; construyendo escuelas, casas y hospitales para los habitantes de aquellas inhóspitas regiones, adonde la Revolución también llegaba para sacarlos del aislamiento, la incultura y el atraso a que históricamente habían sido condenados a vivir por todos los regímenes anteriores”.

En la jefatura de la LCB, ubicada en la Carretera Central, por la salida de Santa Clara hacia Placetas, se presentaron los diecinueve integrantes del grupo ante el jefe de Enseñanza, el también soldado-maestro José Suárez Amador, Pepe.

Cuando este grupo arribó, ya había maestros populares trabajando en algunas unidades y el sistema de enseñanza estaba organizado y funcionaba en las FAR; pero como a nivel nacional faltaban maestros, se había creado la escuela Pepito Tey. La jefa de Enseñanza en las FAR era Asela de los Santos Tamayo, quien durante la lucha insurreccional en el Segundo Frente Oriental Frank País, del Ejército Rebelde, ya cumplía esta misión por encargo del entonces comandante Raúl Castro Ruz.

En los batallones, sectores y subsectores de la LCB era necesario primero determinar el nivel de escolaridad de todo el personal y, a partir de esa información, crear los grupos de estudio y definir la cifra requerida de maestros, con vistas a su posterior completamiento con los egresados

¹² RAÚL MENÉNDEZ TOMASSEVICH (Santiago de Cuba, 1929-La Habana, 2001). Combatiente clandestino, miembro del Ejército Rebelde, en la zona del Segundo Frente Oriental Frank País, donde obtuvo el grado de comandante. Se destacó como jefe en las acciones contra las bandas contrarrevolucionarias en el Escambray. Cumplió misiones internacionalistas en Guinea Bissau, Venezuela y Angola.



Al centro, en primer plano, Raúl Menéndez Tomassevich en el Escambray. A su derecha, Víctor Dreke.

de las sucesivas graduaciones de la escuela Pepito Tey, la cual funcionó durante varios años en La Habana y preparó a muchos maestros, que, tras cumplir la noble tarea de enseñar, devinieron cuadros permanentes de las FAR; algunos de ellos son hoy oficiales de alta graduación.

La realización de exámenes fue la primera misión asignada al grupo de soldados-maestros que llegaba al Escambray procedente de Varadero.

Estaba el grupo esperando la asignación de misiones en un campamento que había sido cuartel del ejército de la tiranía, situado a la salida de Placetas hacia Cabaiguán. A las 5:30 a. m. daban la voz: “¡De pie!”. Y a las 6:00, se escuchaban las notas del Himno Nacional. Un día, uno de los integrantes del grupo se atrevió a hacer gestos obscenos y proferir frases irrespetuosas al cantar el himno, lo cual le fue criticado enérgicamente por el Maestrico, quien de inmediato recibió el respaldo de varios compañeros. El infractor no tuvo más remedio que pedir disculpas. No obstante, este compañero quedó resentido y, días más tarde, intentó provocar una pelea con el joven maestro, quizás, pensando que dado su educado proceder y su complexión física, sería presa fácil de digerir.

Craso error, pues el Maestrico, ni corto ni perezoso, se hizo de un pedazo de leña seca que halló cerca del terraplén y se lanzó, con ímpetu, a ripostar la inminente agresión física de quien ya lo ofendía verbalmente. De no ser porque dos o tres compañeros que estaban por allí se interpusieron, el leñazo hubiese sido irremediable.

A partir de ese día, el Maestrico fue doblemente respetado: por criticar con valentía lo mal hecho y por no dejarse amilanar ante un agresor de mayor corpulencia, pero sin moral.

Durante su vida posterior, mantuvo igual intransigencia ante los errores de sus compañeros, tanto subordinados como jefes, razón por la que no faltaron disgustos e incomprendiones de parte de quienes, sin mostrar la debida

receptividad o creyéndose inmunes a los señalamientos, asumieron conductas reprochables para con él. No faltó, incluso, durante su misión en la República Popular de Angola, quien un día le dijera:

—Tú te has creído que eres el Che...

A lo cual el Maestrico ripostó con energía:

—No me considero ni las chancletas que usaba el Che, y tú eres bastante irrespetuoso al expresarte así. Tu sugerencia de gastar un dinero que no nos pertenece a nosotros sino al Estado para adquirir bienes de índole personal es sencillamente inaceptable. Por mi parte, solo demuestro algo que aprendí del Che y de lo que sí me enorgullezco; lamentablemente, a ti te falta aprender esa lección.

Años más tarde, ese compañero tuvo que cumplir sanción en un centro penitenciario por inadecuada utilización y descontrol de los recursos materiales bajo su responsabilidad. ¡Ojalá entonces haya recordado el impercedero ejemplo de honradez del Guerrillero Heroico! ¡Qué bueno sería que todos los seres humanos asumieran de corazón lo expresado por nuestro José Martí!: “La pobreza pasa, lo que no pasa es la deshonra que con pretexto de la pobreza, suelen echar los hombres sobre sí”.¹³

Sin embargo, antes de distribuirlos por las unidades para hacer los exámenes, se decidió que el grupo cumpliera misiones en las unidades cuyo campamento estaba ubicado cerca del poblado de El Condado. Por esos días —febrero de 1963—, cerca de allí, se había llevado a cabo el asesinato de cinco soldados de la LCB, en el lugar conocido como Lomas del Puerto, en la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus; el crimen fue perpetrado por la banda del asesino Pedro González.

¹³ José Martí: Carta a los presidentes de los clubes del Partido Revolucionario Cubano. En: *Epistolario*, t. 3, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1973, p. 373.



El Escambray, con su exuberante belleza...

Al Maestrico lo designaron para hacer el trabajo en la compañía especial del comandante Tomassevich. Como soldado-maestro, tenía que cumplir primero las misiones de la unidad y dedicar el tiempo de descanso a la enseñanza.

Ese tiempo de descanso era reducido, por lo que desde su misma concepción, la tarea no resultaba nada fácil. Añádase a esto la incompreensión de algunos jefes que no entendían del todo qué rayos hacía un maestro metido en este jaleo. Incluso el Maestrico, en algunas ocasiones, se hizo la misma pregunta; sobre todo, cuando regresaba con la compañía de un cerco, donde cada dos o tres horas se habían lanzado bazucazos y ráfagas de ametralladoras pesadas hacia dentro del propio cerco, según bromeaban los soldados, para no dejar dormir a los bandidos. Claro que tampoco él y sus compañeros descansaban. ¡Vaya bromita!

Sin dormir durante casi dos noches y extenuados por la caminata, no resultaba fácil decirle a nadie: “Ven, que te voy a examinar, para saber qué grado de escolaridad tienes y después darte clases”. No faltaban risas irónicas, que a las claras indicaban una inquietud: ¿de dónde habrán sacado al loco este? Sin embargo, así empezó todo aquello y aunque nunca fue fácil, se hacía posible lo imposible, a fuerza de voluntad y entrega.

Seguro que quienes entonces se beneficiaron con la enseñanza recibida en tan difíciles condiciones —hoy por hoy los habrá ingenieros, licenciados y hasta Doctores en Ciencias—, al leer estas líneas sonreirán; pero, sin lugar a dudas, la suya será una sonrisa de gratitud. Por esa satisfacción y solo por ella, vale el esfuerzo de todos aquellos maestros.

Las primeras unidades militares



*L*os días pasaban en El Condado y se producían algunas operaciones de rutina —fundamentalmente cercos y peines—. Del pase para ir a ver a la familia nadie decía nada, ¡ni jota! Ante esta situación, los integrantes del grupo de jóvenes soldados-maestros decidieron organizar una asamblea democrática —la primera y la única—, en la cual acordaron por unanimidad otorgarse pase ellos mismos, sin contar con los jefes. Los de Las Villas y Matanzas saldrían por espacio de tres a cinco días. Los dos de La Habana hasta siete. Por supuesto que Pepe, José Suárez Amador, el jefe

de Enseñanza de la LCB, estaba ajeno a estos acuerdos, que constituían una manifestación de indisciplina por parte de sus subordinados. Él estaba en la jefatura, en Santa Clara, y cuando el gato no está... los ratones se van de fiesta... No puede olvidarse que el mayor de aquellos muchachos apenas tenía dieciocho años de edad.

El día en que se iban “de pase” los habaneros —uno de ellos era el Maestrico—, al pasar frente a la jefatura del sector A, los vio Iglesias, el instructor revolucionario —más tarde se les llamó instructores políticos— y les preguntó:

—Y ustedes ¿adónde van con los “matules”? (Matules era el conjunto de la mochila más el arma.)

Le respondieron a coro, sin pensarlo siquiera:

—¡Pa’ La Habana!

—¿Ustedes están locos? ¿Se van para La Habana sin autorización? ¡Eso que van a hacer es de madre! ¡Les prohíbo que salgan del campamento!

El rubio Felipe, del Cerro, y el Maestrico retornaron al momento a su dormitorio; pero más tarde se fueron, a pesar de la prohibición del compañero Iglesias. Nadie los vio. Nadie se enteró. Antes que ellos dos, ya se habían fugado los de Las Villas y Matanzas. Al parecer todos pensaron lo mismo: “¡De madre y de padre!, pero nos vamos”.

Y se marcharon cada cual con su metralleta checa modelo T-25 y todo el módulo de municiones. ¡Cómo iban a perder la oportunidad de lucirse con sus flamantes “hierros” en sus respectivos barrios! Era cosa de jóvenes y solo posible por el descontrol reinante en aquella época en cuanto al armamento y el personal. Lo demuestra el hecho de que regresaron del pase sin que nada pasara. Tan ocupados estaban los jefes en capturar bandidos, que del grupo de maestros no se acordó nadie, ni el propio Iglesias.

¡Ah! Y todos se fueron sin un centavo en el bolsillo. Así que en eso de coger botella, se hicieron expertos. Además, ¿qué chofer les iba a decir que no a dos jóvenes vestidos de



Muchachos muy jóvenes...

verde olivo, armados y con tremendos deseos de ver a sus seres queridos?

De El Condado a la carretera de Trinidad viajaron en un camión de caña. Hasta Sancti Spíritus, en un auto particular. Desde allí a Cabaiguán, en un yipi del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), cuyo conductor era dirigente en Las Villas. Este compañero les aconsejó que regresaran; les pagó un pan con tortilla en un puesto de fritas y les regaló un peso a cada uno para asegurar el viaje de regreso. ¡El padre de los botelleros!

Hasta Santa Clara viajaron nada más y nada menos que en un carro patrullero de la Policía Nacional Revolucionaria, gesto en el que se aplicaba aquello de que las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el Ministerio del Interior son hijos del mismo padre. Aunque, a decir verdad, los policías no sabían que el rubio Felipe y el Maestrico estaban de pase por la libre y, por supuesto, de ese tema no se habló.

De Santa Clara a La Habana siguieron por la Carretera Central —en aquella época no existía la Autopista nacional, que es obra de la Revolución—; viajaron directo en la cama de hierro de una rastra, recibiendo una buena dosis de lluvia durante el paso del vehículo por las cercanías de Santo Domingo.

Después de disfrutar del pase —siete días completos—, hicieron el viaje de regreso en un ómnibus directo hasta Trinidad y en botella hasta El Condado.

Cuando se reencontró el grupo de maestros, cada cual contó sus “hazañas” y, de inmediato, se dieron a la tarea de hacer los exámenes. Al Maestrico le tocó esta vez ir por más de un mes a la compañía especial del Caballo de Mayaguara, ubicada entonces en un caserío cercano a Manicargua, en el valle de Jibacoa.

El Caballo de Mayaguara... ¡qué clase de jefe! No hacía falta que pronunciara una palabra. Con una mirada daba una orden y trataba a sus subordinados como si fuera el padre de todos ellos. Era a la vez enérgico y paternal.

De los exámenes, ¿qué decir? Aquí la cosa era peor que en la compañía especial de Tomassevich, pues el Caballo no tenía y parece que nunca tuvo aprecio a la palabra descanso. Aquel hombre contagiaba a todos con su entusiasmo y plena disposición al sacrificio. Entre sus hombres eran muy conocidas unos versos que decían:

No hay descanso, ni hay desmayo,
no hay treguas, ni hay acomodados,
que aunque a pie vayamos todos,
todos tenemos Caballo.

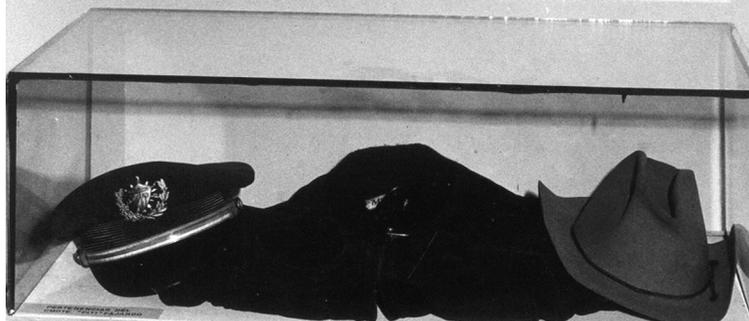
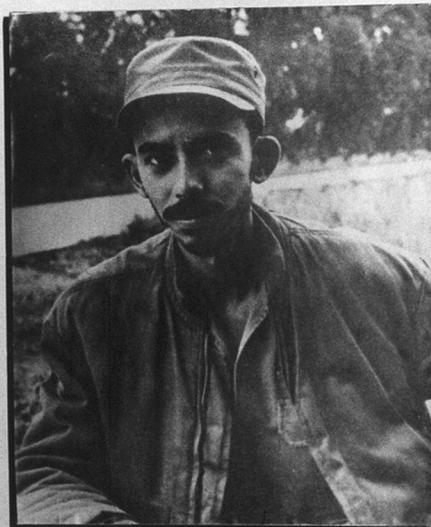
De sus sobresalientes cualidades como revolucionario, el Maestrigo hizo suyas dos: la sinceridad a toda costa y el no ser adulador —tracatán, chicharrón, hala leva— de los jefes. ¡Caras cuestan estas cualidades en la vida!

A duras penas logró el Maestrigo examinar a una parte de aquellos soldados. Al Caballo, ni hablar. Con él era imposible hallar tiempo para nada que no fuera acabar con los alzados. Le confesó que, a duras penas, había llegado al segundo grado, pero que él quería que su gente estudiara. El nivel escolar en ambas compañías era muy bajo, pero en lo que se refiere a la ética, todos eran universitarios.

Transcurridas dos o tres operaciones —la captura de la banda de Realito y otras— con la compañía especial del Caballo de Mayaguara, lo enviaron para el batallón no. 4, ubicado en la carretera de Trinidad a Topes de Collantes, muy cerca del lugar donde había caído el comandante médico Piti Fajardo.¹⁴

¹⁴ MANUEL FAJARDO RIVERO, Piti (Manzanillo, Granma, 1931-Escambray, Las Villas, 1960). Médico y combatiente revolucionario del Ejército Rebelde. En abril de 1960 fue nombrado jefe de Operaciones y como tal participó en la Lucha contra Bandidos en el Escambray. Murió a consecuencia de las heridas sufridas en combate.

EL COMPAÑERO FAJARDO CUMPLIO SU DEBER. LO CUMPLIO EN LA GUERRA COMO EN LA PAZ. LO CUMPLIO COMO MEDICO, COMO MAESTRO Y COMO SOLDADO. Y EL MEDICO Y EL MAESTRO CAYERON AL CAER EL SOLDADO. FIDEL



En el Museo de la Lucha contra Bandidos, se muestran la foto y algunas pertenencias del combatiente y médico.

El jefe del batallón no. 4 era el comandante Primitivo Pérez. Decían que estaba cumpliendo una sanción, pues resultaba raro ver a un comandante del Ejército Rebelde como jefe de batallón y más, uno como él, que había sido invasor en la columna Antonio Maceo, comandada por Camilo Cienfuegos. El caso es que todos lo respetaban y querían. Sobre todo los cocineros, pues a los que cometían errores los sancionaba con la obligación de limpiar las cazuelas con agua y arena de río. Ninguna unidad de la LCB tenía utensilios de cocina más limpios que la de Primitivo, a pesar de que se cocinaba con leña.

Escaparse sin pase desde el lugar de la caída de Piti Fajardo hasta Trinidad, a dar un paseo, era, para los soldados más jóvenes, una mezcla de aventura y curiosidad. Al regresar de uno de estos paseos que se concedían a sí mismos —alumnos y maestros—, el batallón estaba saliendo para una operación y, sin pensarlo mucho, para evitar estar ausentes al puesto, se fueron colgando de los camiones en marcha, con la idea de buscar después cada cual su pelotón y ubicarse en el cerco o en el peine discretamente.

En esa ocasión, en el intento de colgarse de uno de los camiones, al Maestrico le falló una mano, no logró alcanzar la baranda y cayó de rodillas sobre el asfalto de la carretera. Tuvieron que trasladarlo hacia la unidad para prestarle asistencia médica.

Sus rodillas estuvieron bien hinchadas durante cuatro días. El tratamiento, bajo la eficaz dirección de uno de los cocineros de la unidad, consistió en aplicarle maicena impregnada en vinagre, hojas escachadas de caisimón y de salvia, y un trozo de tela bien apretada. Al quinto día ya estaba listo y, en el camión que llevaba la comida al personal, se reincorporó a su compañía, en el cerco.

Al cocinero, el Maestrico le enseñaba las tablas aritméticas; pero aquel hombre lo había curado y le dio a conocer, desde esa época, la aplicación de la medicina verde. Por



El traslado en camiones hacia la zona de las acciones combativas.

aquel entonces, de seis mil médicos que tenía Cuba, el 50 % se había marchado del país y no era como ahora, que cada unidad militar cuenta con puestos médicos e, incluso, hospitales de campaña, con todos los hierros.

La demanda de profesionales condicionó la aceleración de los cursos. Eran grandes los planes de educación trazados por la Revolución. Era necesario formar aceleradamente personal docente. Jóvenes como ellos, sin haber concluido la enseñanza media, se convirtieron en tres meses en maestros populares Pepito Tey. El resto de la preparación indispensable para el ejercicio de la labor pedagógica, se adquiría con voluntad propia y tesón cotidiano. Los libros del *Curso de Superación para Maestros* eran pertenencias constantes en las mochilas y así, de forma autodidacta, se iban formando. Además de enseñar, tenían que estudiar o se quedaban a la zaga. Las propias dudas e inquietudes de aquellos alumnos adultos, los obligaban a indagar y hallar respuestas convincentes, que los hicieron crecer como profesionales y como seres humanos.

Sus fuentes de consulta preferidas fueron, como ya se ha dicho, los libros del *Curso de Superación para Maestros*, editados por el Ministerio de Educación y, además, un pequeño diccionario. En mucho lo ayudó la experiencia adquirida durante la Campaña de Alfabetización.

El personal del batallón no. 4 comentaba con orgullo y con todo derecho, que la suya era la unidad que más mártires había aportado a la LCB. El Maestrico no sabía si siempre había sido así, pero ¿quién se atrevía a desmentir ese comentario?

En una conversación telefónica entre el comandante Primitivo y el primer teniente Ferrer, jefe del Estado Mayor de la LCB, en la que el primero insistía en que se autorizara a dar pase al personal, pues su gente era toda de la región oriental, mientras que el segundo, al parecer, le explicaba que eso no era posible, por el momento; ambos se fueron

acalorando, hasta que, usando palabras fuertes aunque sin faltarle al respeto, el comandante Primitivo le comunicó a Ferrer que su gente se iba de pase bajo su responsabilidad, ya que estaban muy preocupados por sus familiares, a los que no veían desde hacía rato y muchos tenían serios problemas de vivienda, a causa de las secuelas dejadas por el ciclón Flora, que había hecho estragos por los lugares de donde ellos provenían.

Por esos días enviaron trasladado al Maestrico de forma permanente para el subsector no. 4, del sector A, radicado en Magua.

Magua



Cerca de Trinidad, está la famosa torre de Manaca Iznaga, ubicada en el Valle de los Ingenios, y Magua está situado casi allí mismo.

En las pobres casitas de Magua, la mayor parte de ellas pobres bohíos, la gente era humilde, pero muy hospitalaria. Apoyaban a la unidad de la LCB —perteneciente al subsector no. 4 del sector A— en todo lo que podían. Allí el jefe era el teniente José Luis González y el segundo al mando, el cabo Jarpe Surita.

A los pocos días de estancia en Magua y, a pesar de la diferencia de edad, surgió una gran amistad entre el Maestrico y



Torre Manaca Iznaga.

ambos jefes. A pesar de sus 15 años de edad todos lo llamaban maestro. Jarpe no, él siempre le decía: Maestrico. Fue realmente Jarpe quien lo “bautizó” con ese nombre.

Una vez concluidos los exámenes y definidos los dos grupos de estudio —de primero a tercero y de cuarto a sexto grados—, había que iniciar las clases. No tenían ni lápices, ni libretas, ni pizarra, ni tizas. En esos días, el Maestrico cobró sus haberes (60 pesos) y le pidió prestado un transporte al teniente José Luis, quien lo autorizó para que usara su yipi. El joven maestro gastó todo el dinero que recién había cobrado en una tienda del pueblecito Caracusey, donde compró de todo, menos la pizarra. Lo adquirido alcanzó para reparar lápices y libretas a todos, incluso a los niños del caserío de Magua.

El día en que se disponía a iniciar las clases, después del almuerzo, estaba Jarpe en la hamaca durmiendo la siesta; cuando el Maestrico trató de despertarlo para que asistiera a clases, el cabo se enojó tanto que le dio por manipular su pistola y apuntar hacia la cabeza del maestro vociferando palabras obscenas. En ese momento le dijo:

—Mira, Maestrico, la próxima vez que tú me despiertes para que vaya a clases ¡te voy a vaciar el cargador completo en la cabeza!

Estaba el joven maestro a punto de dar media vuelta y retirarse de la escena lo antes posible —téngase en cuenta, que a Jarpe, por su carácter, lo respetaban hasta los más guapos—, cuando de pronto se escuchó la airada voz del capitán Bouza (jefe del sector A):

—Jarpe, ¡baja la pistola! ¡Tírate de la hamaca y ve con el maestro a recibir las clases! ¡Y que yo no me entere de que esto vuelve a pasar!

Jarpe, a regañadientes, se dispuso a obedecer al capitán.

—Y usted, maestro, cuente con mi apoyo para lo que sea y si ocurre algo, se lo informa al teniente José Luis.

Aquello de que el propio capitán le hubiera llamado maestro significó para él un gran estímulo. Solo le preocupaba que

se afectase la amistad que lo unía a Jarpe; sin embargo, cuando concluyó la clase, el cabo se le acercó apenado y le dijo:

—A partir de hoy no te fallo más. Yo seré tu jefe pa' cazar bandidos, pero tú eres mi jefe pa' enseñarme ¿de acuerdo? —Y le extendió su mano amiga: nunca más se habló del asunto. El cabo Jarpe Surita se destacó a partir de ese incidente como uno de los alumnos más aplicados.

Las bandas de los cabecillas contrarrevolucionarios Julio Emilio Carretero; Pedro González, Cheíto, y otros cometían sus crímenes y fechorías por los alrededores. Fue a finales de enero de 1963 cuando los bandidos cometieron los crímenes de Polo Viejo.¹⁵

El Maestrico visitó el lugar tiempo después y vio las ruinas de las casas, la tienda y la escuela que habían quemado los alzados. Ese día se convenció, aún más, de que había que liquidar cuanto antes al bandidismo para evitar la repetición de tales actos, dignos de las tropas nazis de Hitler.

Cierta vez el teniente José Luis le enseñó las cicatrices que tenía en la barriga y le contó que estaba vivo de puro milagro, pues las ráfagas de una ametralladora enemiga, hacía ya meses, le habían picado el cuerpo e, incluso, había estado durante varios segundos “agrupando sus propios mondongos”, para que no se embarraran de tierra, hasta que le pudieron brindar asistencia médica. Mostraba más de cinco orificios de bala que formaban un cordón en su barriga. A cada rato se quejaba de fuertes dolores, pero bastaba que el subsector recibiera la misión de tirar un cerco u otra operación y ya se olvidaba de lo suyo. ¡Qué voluntad!

La cooperación entre la LCB y el G-2 (Órgano de la Seguridad del Estado), así como el valioso apoyo de la población campesina, fueron factores determinantes en la liquidación del bandidismo.

¹⁵ El 25 de enero de 1963, bandidos al mando de Julio Emilio Carretero atacaron el poblado de Polo Viejo y dieron fuego a todas las casas que lo componían.

Un día, cerca de Magua detuvieron a un desconocido de unos cuarentaicinco o cincuenta años, medio calvo y con rasgos de hombre de ciudad. Al parecer, andaba por la zona buscando contacto con los alzados; pero de inmediato había llegado la información a la unidad y se pudo proceder a su detención. El propio capitán Bouza lo había interrogado durante horas, pero el hombre no soltaba prenda. Sabía escabullirse. Todos estábamos atentos, interesados por saber qué se estaba cocinando en aquel local. De pronto, el capitán salió y se dirigió a mí:

—Maestro, ¿tú no eres de allá, de La Habana?

—Sí.

—Dice este hijo de p... que él vive en La Habana, en el Cerro, ¿tú conoces ese barrio?

—Bueno, capitán, conozco la parte del Cerro donde vive mi tío.

—Está bien, entonces, ven conmigo —ordenó.

Entraron al local y, de inmediato, el capitán le dijo al detenido:

—Repita despacio su dirección particular en La Habana.

Aquel hombre miró fijo al Maestrico, se veía sereno.

—Vivo en la calle Cañongo, entre Calzada del Cerro y Atocha.

El capitán Bouza miró al Maestrico y este le dijo que no con la cabeza. Bouza le hizo señas para que se pronunciara.

—Usted está mintiendo —le dijo el Maestrico con firmeza al detenido—. Esa dirección no existe. Las calles sí, pero todas son paralelas. Y, a ver, dígame ¿qué hay en la esquina de Calzada del Cerro y Santa Teresa, o en la esquina de Calzada del Cerro y Zaragoza?

El detenido se puso pálido, sudaba mucho. Se vio desarmado ante la pregunta y, al fin, con voz lastimera se rindió:

—Mire, capitán, el joven tiene razón. Esa dirección no existe. Se lo voy a decir todo.

Bouza le hizo señas al Maestrico, esta vez para que saliera del local.

Adentro quedaron solamente el capitán, un compañero del G-2 y el detenido. El Maestrico comprendió que, por la compartimentación establecida, ya no era necesaria su presencia allí.

Al rato salió el jefe y le dijo delante de todos los presentes:

—¡Te felicito, maestro! ¿De verdad tú conoces esas calles?

—Sí, las conozco. Da la casualidad de que por ahí es por donde vive mi tío.

—¡Coño!, entonces el tipo se puso fatal. Si llega a hablar de otro barrio a lo mejor no lo descubrimos.

Ese mismo día, muy cerca de Magua, sin disparar un solo tiro, fue capturado un joven alzado de larga melena, llamado Luis. Estaba saciando el hambre mientras devoraba unos mangos. Cuando se vino a dar cuenta, ya estaba rodeado.

La información la había traído un campesino que había pasado por allí cerca. Sin dudas, esta operación debe haber sido una de las más rápidas y menos costosas que se hayan realizado en la LCB. Además, resultó que el bandido reconoció al detenido del Cerro como un enlace del llano, a quien ellos estaban esperando.

Por la noche llegó Jarpe a la unidad y se enteró de lo que había ocurrido. Entonces, se le acercó al maestro y le dijo:

—Compadre, ya me enteré de lo que pasó. No te digo más Maestrico: a ti hay que decirte: maestro.

Fue en Magua donde el Maestrico aprendió a fumar tabaco del que se cosecha por allí mismo. Claro que no compete en calidad con el tabaco del Hoyo de Manicaragua, Cabaiguán o Pinar del Río, pero se puede fumar.

En aquel entonces fumaban los alumnos y el maestro en plena clase. El café lo aseguraba el cocinero. Los más avanzados se convertían, espontáneamente, en monitores o algo parecido a ayudantes del maestro. En general, aprendían rápido y sentían una especial emoción cuando algo les salía bien. Mostraban respeto por su maestro, aunque fuera el más joven de todos.

Sin embargo, el Maestrico dejó de fumar tabaco el día mismo que una novia que vivía en el caserío de Magua lo puso ante la disyuntiva: el tabaco o yo. No lo pensó ni por un segundo. A aquella trigueña no la iba a perder así como así, pensaba él; pero un buen día llegó la orden y, a disgusto de todos, fue destinado al batallón no. 2, de Camagüey.

Antes de marcharse, fue designado segundo jefe de un grupo especial, dirigido por un instructor revolucionario, para llevar a cabo la intervención de los autos de alquiler de Trinidad. Fue una operación nocturna. A las dos de la madrugada partieron en camiones hacia Trinidad y en poco tiempo —antes del amanecer—, ya estaban ocupados militarmente todos los bares, bodegas, cafeterías, lavanderías y demás establecimientos privados, cuyos dueños colaboraban con las bandas de alzados. Con ello, se privó al bandidismo del aseguramiento logístico que provenía de estos lugares.

El grupo interventor había recopilado las llaves y la documentación —permiso de circulación y propiedad— de los taxis. Por supuesto, no se ocuparon todos los carros de alquiler, pero sí el ciento por ciento de aquellos que se había ordenado intervenir. Fue una operación relámpago.

Durante la noche de ese agitado día, lo mandaron a hacer guardia en el campanario de la iglesia de Trinidad, esa que se ve en las fotos y postales que les venden a los turistas. Nunca había estado tan cerca de las campanas de una iglesia y nunca entendió para qué diablos ubicaron esa posta allí, pues no tenían armas antiaéreas, ni se hablaba entonces de posibles ataques aéreos. ¡Cosas de esos tiempos!

El Maestrico se tuvo que trasladar hacia Santa Clara en la cama de un camión soviético marca GAZ-63 para asistir a una de las reuniones con Pepe, el jefe de Enseñanza. El camión avanzaba por la carretera de Trinidad a Cienfuegos para salir a Cumanayagua.

En esta zona, el paisaje natural es impresionantemente bello. A la izquierda, se ven las quietas y azules aguas del mar Caribe. A la derecha, la premontaña y detrás, la silueta majestuosa del macizo montañoso.

En la cama del camión, iba también un hombre adulto, con la vestimenta y el aspecto de un campesino de la zona. Todos iban callados y el civil dormitaba como podía. Se le notaba muy fatigado. El Maestrico decidió romper el silencio y le preguntó:

—¿Usted también pertenece a la Lucha contra Bandidos?

—No —contestó el civil—. Más bien yo era hasta hace poco “bandido”.

El Maestrito se quedó estupefacto e inquirió:

—¿Cómo que bandido?

Sí, yo pertenezco al G-2 y estuve infiltrado en una banda de alzados contrarrevolucionarios que ya fue capturada. Libré de milagro, pues en la captura de la banda por poco me la arrancan a mí también. ¿Ya entendió por qué le dije que yo fui bandido?

—Claro que entendí y es para mí un honor conocerlo. Ustedes los del G-2 son hombres muy valientes y el pueblo reconoce la tremenda importancia del papel que desempeñan.

—Y si le dieran a usted la misión de incorporarse a una banda de alzados, ¿lo haría?

—Claro que sí. Haría lo que fuera necesario por la Revolución —le respondió el Maestrico en tono algo inseguro.

—No dudo de su disposición; pero lo cierto es que por su aspecto de hombre de ciudad y preparación física le sería muy difícil. Cada cual debe estar donde sea más útil, como dijo Martí. Yo seré del G-2, pero soy analfabeto... Usted, en cambio, es maestro y ese mérito no se lo puede quitar nadie. Fíjese, usted no me conocía a mí, pero yo sí lo conozco a usted: el maestro no puede identificar a todos los alumnos, pero todos los alumnos sí conocen al

maestro. ¿Qué le parece? Quizás usted piense que mi misión es muy heroica y quisiera ser como yo; sin embargo, a mí me gustaría ser usted.

Y el Maestrico aprendió otra importante lección de un hombre experimentado, humilde e ignorante, pero con extraordinarios valores.

Ambos siguieron conversando y, más en confianza, el Maestrico le preguntó al combatiente:

—¿Y a qué va a Santa Clara, si se puede saber?

—Voy a una reunión con el comandante Tomassevich. A lo mejor me tengo que volver a alzar como bandido, así que si me ve en alguna operación, no me vaya a disparar que yo soy uno de sus alumnos. ¡Ah! y no le vaya a contar nadie sobre lo que hemos hablado, no vaya a ser que me queme.

—¿Cómo quemarlo? ¿A qué se refiere?

—Cuando se descubre y se hace pública la identidad de un infiltrado en las filas contrarias se le dice así: quemado.

El Maestrico se quedó pensativo y pensó: “Quemados de verdad están los que crean que luchando contra hombres como este pueden derrocar la Revolución”.

El batallón de Camagüey



*L*as experiencias acumuladas en Magua en cuanto a la organización de los grupos de clases fueron rápidamente aplicadas en el campamento del batallón no. 2 de Camagüey, ubicado cerca de Banao, en una vaquería. Allí, además, se construyeron las aulas de campaña, empleando tablas de palma real, para los bancos y mesas. Como techo, la sombra de los árboles más cercanos. Ni hablar de pizarras.

No es lo mismo un maestro sin pizarra que con ella; pero en grupos de alumnos con diversos niveles de escolaridad es más difícil, porque hay que “repartirse” entre ellos

y apoyarse en los más adelantados para evitar, a toda costa, que alguno se pueda sentir desatendido. Los alumnos adultos son tan sensibles como los niños. Unos, por timidez; otros, por desespero.

El apoyo del teniente Pedro Nodal Loyola —jefe del batallón, invasor de la columna de Camilo y actual coronel de las FAR— y de todos los combatientes —la mayoría de ellos, camagüeyanos— fue determinante para que la unidad fuera considerada como una de las mejores en el enfrentamiento al bandidismo y en las labores de la educación.

Radicaban en una vaquería, pero el campamento se mantenía siempre limpio y ordenado. Se barría con escobas de pencas de guano. El horario de clases y demás actividades era inviolable. Se cumplía la diana; se practicaban los pasos dobles cortos por la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus, a las seis de la mañana, con el teniente Nodal Loyola al frente. Muchas veces, él en persona dirigía los ejercicios de preparación física y de infantería.

Al leer años más tarde acerca de la labor desplegada por el mayor general Ignacio Agramonte, en la organización de las tropas mambisas y, en particular, de la legendaria caballería camagüeyana, tan valorada por el Generalísimo Máximo Gómez, en su *Diario de Campaña*, el Maestrico no podía sustraerse a la idea de que el batallón no. 2 de Camagüey, era, sin lugar a dudas, una continuación histórica de la labor del Mayor y, en gran medida, es merecedor de ese reconocimiento el coronel Pedro Nodal Loyola. Pasados veinticinco años, el Maestrico volvería a experimentar idéntica satisfacción cuando recorrió el campamento de la 80 Brigada de Tanques —con su lema ¡Guapo ahí!— en Lobito, República Popular de Angola. El jefe de esta brigada, el entonces coronel Raúl Valle Valdés —general de brigada ya fallecido— fue también un valioso jefe de unidades de la LCB y de las FAR.

En el batallón no. 2 de Camagüey, había tres maestros —uno por cada compañía— y el Maestrico era el jefe de

Enseñanza, pues los otros dos eran recién graduados de la escuela Pepito Tey.

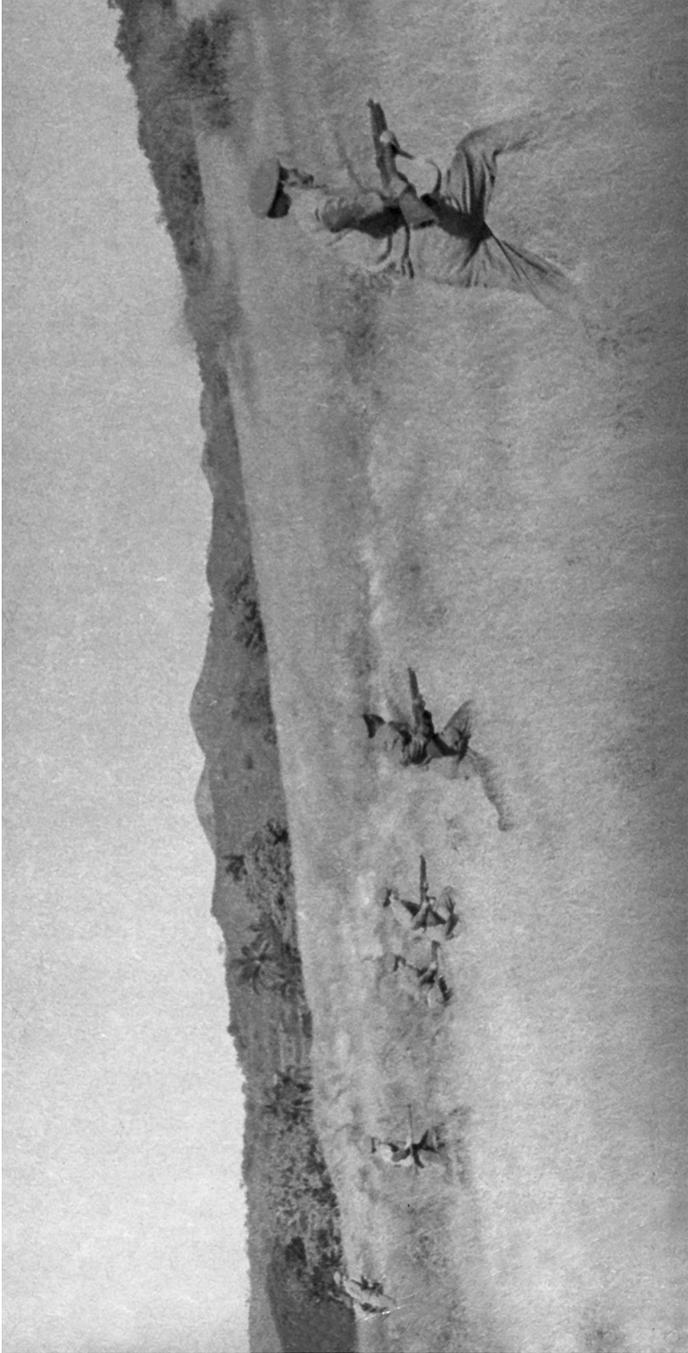
Los maestros siempre estuvieron directamente subordinados a los instructores revolucionarios —casi todos graduados del primer curso de la escuela Osvaldo Sánchez—. Ellos eran algo así como los tutores y siempre fueron los más fervientes defensores de la obra cultural que tenía lugar en aquellas difíciles condiciones; también los maestros los apoyaban y siempre trataban de hacer ver la extraordinaria importancia de su labor político-ideológica. A su vez, casi siempre el instructor se apoyaba en el maestro para organizar las tareas de índole cultural y de la propaganda.

El Maestrico siempre guardaría el más grato recuerdo de aquellos compañeros que no solo lo proclamaban, sino que eran de verdad “los primeros en el sacrificio y los últimos en comer”.

La dosis de cercos, peines y emboscadas que le correspondió al batallón no. 2 no fue inferior a la del resto de las unidades de la LCB. En cierta ocasión, incluso, cumplieron misiones de tropas permanentes, ocupando varios pelotones la defensa contra desembarco, en la segunda línea de trincheras en la carretera de Cienfuegos a Trinidad, bien pegados a la costa. En esa oportunidad, el Maestrico pasó de profesor a segundo jefe de pelotón.

La orden era clara: en caso de no poder resistir dada la superioridad enemiga, se debía pasar a la condición de grupo guerrillero en las montañas, con una zona asignada. Los soldados cavaron trincheras y construyeron un refugio y, al menos, descansaron de los cercos y peines por varios días. Después, de nuevo se incorporaron a las tareas de la guerra irregular.

De haberse producido la invasión esperada, se habría desarrollado, entonces como hoy, una guerra de todo el pueblo, en la que se habría combatido contra el ejército de Estados



El peine para capturar bandidos.

Unidos, sus aliados y los grupos de bandidos que quedaban huyendo y escondiéndose por el lomerío. De lo que sí estaban todos seguros era de que los focos de resistencia y desgaste en cada rincón del país le habrían hecho la vida imposible al enemigo. ¡Ah! y con guerrilleros de verdad, porque los hombres de la LCB estaban en plena disposición combativa y contaban con el incondicional apoyo de la población.

Hubo una operación del batallón no. 2, en la que estuvieron más de un mes montando emboscadas, por los alrededores de Topes de Collantes, específicamente por todo el río Caburní.

Hacia frío y el Maestrico no fue el único en establecer un récord de treinta días sin bañarse. ¡Vaya marca! También acumularon muchas noches sin dormir y, sobre todo, pasaron un hambre atroz. El hambre en estómago joven no cree en nada. Hasta un majá frito se comieron, la mayoría, como el Maestrico, por primera vez.

Hasta a los mulos les costaba trabajar llegar al sitio donde estaban ubicados y el aseguramiento logístico no resultaba una tarea nada fácil. Por otra parte, la Intendencia —así se llamaba entonces a los órganos de la Logística— no poseía todos los recursos requeridos.

Cuando pasaron cerca del edificio del antiguo sanatorio de Topes de Collantes, que era entonces la escuela de maestros primarios Antón Makarenko y el Maestrico vio a las hermosas muchachas que allí estudiaban, se acordó de que Jarpe Surita le había contado, un día, en Magua:

—Cuando joven, yo iba casi todos los días de parranda por ahí y de vez en cuando me bailaba a alguna mujer de mala vida. Así fue como enfermé de gonorrea, sífilis y no sé cuántas enfermedades venéreas más. Por eso, cuando yo paso por debajo del edificio de Topes de Collantes y nada más veo los blúmeres puestos a secar en los balcones, ya es suficiente para que me salga la sífilis. ¡Del carajo! Y no es que yo piense mal de las maestras. No, coño, soy yo, que ya no puedo ni ver un blúmer.

Así de jaranero era Jarpe Surita. Criollo y sencillo, en fin, cubano, como Camilo.

Cada cierto tiempo los maestros tenían reunión con José Suárez Amador, Pepe,¹⁶ jefe de enseñanza de la LCB en Santa Clara.

Al regresar de una de estas reuniones con Pepe, en bodega desde Santa Clara a Trinidad, pasó por la jefatura del sector, en la carretera de Cienfuegos, y oyó cómo discutían acaloradamente los capitanes Herrera y Carbonell. Las palabrotas llovían y como entonces expresó un compañero: “Se formó la pateadura entre mulos”.

Sin embargo, después le aclararon al Maestrico que no, que no estaban discutiendo en serio, que ellos conversaban así. ¡Vaya forma de conversar! Y quién le iba a decir que ocho años más tarde volvería a encontrarse con el capitán Carbonell en la Dirección de Combustibles, de la jefatura de Retaguardia del Minfar.

Y un día, en el cual Jarpe Surita llegó para visitar a su entrañable amigo Carbonell, se encontró allí con el Maestrico, quien ya era teniente ingeniero de la especialidad de combustibles, graduado en una academia de la antigua URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). Jarpe exclamó emocionado:

—Vine a ver a un amigo y ¡coño!, me encuentro con dos.

Fue esa la última vez que el Maestrico vio a Jarpe vivo. Se hallaba de misión internacionalista en la República Popular de Angola, cuando le tocó rendirle honores durante la Operación Tributo.¹⁷ Fue un día muy triste para él, pues

¹⁶ Suárez Amador escribió un ensayo titulado *La lucha contra bandidos en Cuba*, el cual resultó premiado con una primera mención en el Concurso 26 de Julio y fue publicado en 1981. Fue precisamente inspirado en lo expuesto en el prólogo de dicho libro por el general de división Raúl Méndez Tomassevich, que el Maestrico se decidió a dar a conocer este testimonio.

¹⁷ Operación Tributo. Así se conoce la operación de traslado de los restos mortales de los combatientes cubanos caídos en Angola hacia su tierra natal. Culminó el 7 de diciembre de 1989.



Desde el cementerio creado por los cubanos en Luanda se trasladaron los heroicos restos a la tierra natal.

supo del fallecimiento de su amigo al leer su nombre en el osario.

Al llegar al campamento del batallón no. 2, la mayoría del personal estaba de misión en un cerco por allá por Potrerillo y los pocos que se hallaban en la unidad, al verlo se sorprendieron y le dijeron, aliviados:

—¡Pero, maestro, si a nosotros nos llegó la noticia de que usted estaba muerto o mal herido!

Cuando regresó el batallón, se enteraron de que, efectivamente, había sido herido uno de los maestros. Un bandido casi le arranca un brazo con un disparo de su fusil Garant. Ese maestro —cariñosamente le decían Negro— había ocupado el puesto del Maestrico en la compañía con la que aquel operaba, mientras este estaba en Santa Clara, reunido. Esa bala no era para él.

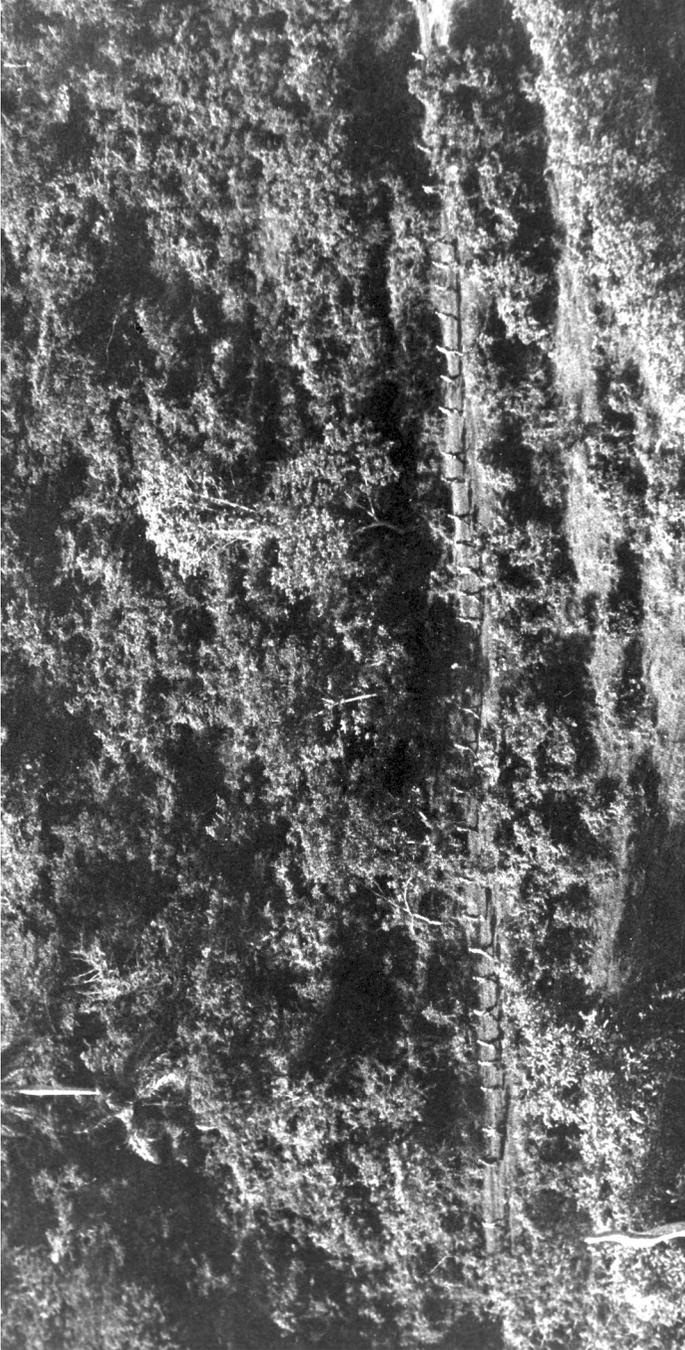
Todos se sintieron muy tristes cuando les comunicaron que el Negro no podría continuar en operaciones, aunque se haría todo lo posible por salvarle el brazo. El Maestrico nunca más lo volvería a ver.

El batallón no. 2 desarrolló más tarde una fuerte jornada de operaciones por los alrededores de Jatibonico y Morón. Mucho marabú y lomitas que, en definitiva, cansan tanto como las grandes. El calor intenso, muy poca agua y cercas de alambre de púas, de piedras, de piñón o cardona por dondequiera... El llano camagüeyano resultó peor que las lomas y, además, los bandidos se movían constantemente.

Estaban a punto de chocar con una banda, cuando, en un mísero bohío, se encontraron a un viejo haitiano que trataba, afanosamente, de ocultar una lata de veinte litros llena de yuca hervida. No había dudas de que para él solo era demasiada yuca. Todo estaba claro: la banda estaba o estuvo cerca. Con el nerviosismo, a aquel haitiano le dio por hablar en su lengua y nadie entendía ni jota. El hombre repetía sin cesar algo así:

—Mimi paleo manlle.

Después supieron que los estaba invitando a comer yuca.



De operaciones por el lomerío.

Continuaron el peine y, unos metros más adelante, dentro del marabuzal, hallaron el campamento de una banda de alzados, a la cual no le había dado tiempo ni de zafar las hamacas, y, sin embargo, escaparon en lo que ellos trataban de traducir lo que decía el viejito haitiano. Nada, que ese día, sin siquiera haberla probado, fueron todos unos come yucas.

Por mucho que se apuraron tras la banda, se les escapó. Todos los días no son de gloria.

Otro día, el Maestrico decidió volver a autoconcederse pase —como había hecho durante su permanencia en El Condado—. Una vez más intentaba poner a prueba aquello que mucho se decía de que “no es buen soldado el que no sea capaz de fugarse”. Lo que ocurre es que, según se comentaba, el ministro de las FAR, comandante Raúl Castro, había dicho: “Y no es buen jefe aquel que no sea capaz de capturarlo”.

No hizo falta que el teniente Nodal Loyola lo capturara. Él solito se presentó transcurridos ocho días de descanso por La Habana. Eso sí, en cuanto llegó, ya tenía orden de irse para el cerco en el primer carro que fuese para allá. Se habían fugado más de treinta combatientes en una misma noche. Por su parte, el Maestrico no tenía razones de envergadura que justificaran la fuga. Fue algo así como una aventura juvenil en la que se pusieron de manifiesto la inmadurez e irresponsabilidad típicas de su edad.

De la noche a la mañana, de soldado-maestro vanguardia a nivel de la LCB —hasta un estímulo material iban a entregarle en Santa Clara, en la próxima reunión con Pepe—, se convirtió en un sancionado, destinado a cumplir la corrección disciplinaria en un centro de rehabilitación que se iba a crear. Y así pasó a ser uno de los treintaicinco fundadores de dicho centro, ubicado en Gavilanes. Su sanción era por tres meses; pero él mismo propuso, con la aprobación de su jefe, extenderla un poco.

Antes de enviarlo para Gavilanes, participaron en un cerco, en el cual sí quedaron atrapados los alzados.

A los sancionados les tocó cumplir su misión en el entrecerco, constituido por una línea de combatientes que cruzaba diametralmente el perímetro del cerco. El teniente Nodal Loyola estaba tan furioso con ellos que los habría mandado al mismo infierno, si hubiese podido.

Sin embargo, ocurrió que en la caminata nocturna para ocupar las posiciones, con el fango hasta el cuello, el Maestro se cayó en un hueco y se empantanó, sin poder salir por sí mismo, a pesar de los esfuerzos. Los que iban pasando no sabían que era el maestro y se burlaban del infeliz que había quedado atascado allí, mientras él sentía vergüenza, rabia e impotencia...

De pronto, apareció por aquel paraje el jefe del batallón, el mismísimo teniente Nodal Loyola y, echando flores por la boca, ordenó que lo ayudaran a salir de allí y, personalmente, fue de los primeros en tenderle su brazo solidario para brindarle apoyo. Al salir, le tiró el brazo por encima del hombro y le dijo:

—A cualquiera le pasa esto, vamos, pa'lante, maestro.

Ya no hablaba el jefe riguroso y enfurecido —con plena razón— por el error que habían cometido, ahora hablaba el padre, el amigo. Así eran los jefes de la LCB, así deberían ser siempre: ni tolerantes, ni implacables.

En el entrecerco, cuando a los compañeros que están en el cerco les da por disparar “para despertarse por la noche” y se forma el tiroteo del siglo, por gusto, el que está allí, casi en el centro, llega a odiarlos y se pega a la tierra más que a una mujer en el acto del coito.

A esa hora no sabe quién tira ni por qué tira. Mientras, el enemigo cercado está también allí y no se sabe si es el adversario o si son los propios compañeros ubicados en el entrecerco. Es como si lo hubieran condenado a muerte por fusilamiento. De puro milagro se sale intacto de allí. Todo el mundo dispara y el que está en el entrecerco también.



Hacia el cerco con el ánimo dispuesto.

Al recibir la orden de retirar el entrecerco, el Maestrico se demoró un poco llenando la cantimplora de agua en un arroyo y salió atrasado, cuando ya sus compañeros habían llegado al cerco. Se inició la siquitrilla —peine que se ejecuta del borde del cerco hasta el entrecerco— y el Maestrico corría el riesgo de ser confundido con un alzado. Por tanto, no le quedó más remedio que avanzar con cautela, gritando a todo pulmón:

—Coño, no tiren: soy el maestro.

La palabra maestro resultó una especie de alto al fuego, que se cumplió de inmediato.

Entre las amarguras de esos días, en que el Maestrico no tenía cara para mirar al jefe de batallón, había tenido lugar la muerte accidental del compañero Duque, que era de la misma compañía, muerte ocurrida mientras él se paseaba irresponsablemente por La Habana. Por eso, el gesto de respeto a la palabra maestro por parte de sus compañeros, lo hizo recapacitar; en ese momentó, aquel jovencito maduró de golpe y se hizo todo un hombre, con solo dieciséis años de edad.

Y es que justamente así, en el duro bregar de cada día, se va forjando el temple de acero del soldado de la LCB. Ese combatiente considera un alto honor tomar como trofeo de guerra la pistola o revólver capturados al enemigo en combate, sin alardes ni prepotencia. Este soldado atiende al adversario herido, como lo hicieron el rebelde y el mambí durante sus respectivas etapas de lucha. Y actúa de esa forma, porque está consciente de que la principal cualidad de un revolucionario es ser ante todo humano.

Proceder de una familia muy humilde ayudó al Maestrico a resistir las adversas condiciones de vida que le impusieron los campamentos improvisados en un bosque, vaquería o cualquier otro sitio. La experiencia de vida en el solar



Andar y andar tras los bandidos...

“El Reverbero”¹⁸ existente en la calle Rafael de Cárdenas, en Lawton, municipio Diez de Octubre, en La Habana, le brindó la entereza necesaria para enfrentar las limitaciones y sacrificios.

Aquel solar contaba con veinte cuartos o habitaciones de pequeñas dimensiones, construidos con rústicos materiales, y los baños, lavaderos y patios eran de uso colectivo. Allí las personas de piel negra, blanca o mestiza constituían una gran familia, la familia de los cubanos pobres. La solidaridad y sensibilidad humanas estaban siempre a la orden del día.

Allí vivió de niño quien años más tarde se convertiría en el Maestrico. Allí conoció inolvidables ejemplos de conducta humana que mucho influyeron en la formación de convicciones acerca de la necesidad de luchar por la justicia social.

Sus magníficos maestros de la escuela pública no. 146, de Lawton, también influyeron positivamente, haciéndole conocer la epopeya de nuestra historia y a los héroes y heroínas que lucharon por la Patria, así como las razones de su batallar.

Las libretas y lápices que usaba en la escuela ya había sido usados por un vecinito de la misma cuadra, cuyos padres tenían una mejor situación económica y generosamente se los obsequiaban. Con parches y remiendos en su uniforme y calzado, pero siempre limpio, asistía a las clases.

Dada su innata inteligencia, disciplina y aplicación fue siempre seleccionado entre los primeros alumnos de aquella escuela y al finalizar el quinto grado le fue otorgada la Medalla de la Excelencia.

El Maestrico no olvida que ese año rifaron en la escuela un guanajo y él tuvo la suerte de ganárselo. Cuando llegó a su casa con el premio, la madre no le quería creer; pero sus compañeritos de aula la convencieron de que era cierto. Aquel

¹⁸ A lo que entonces se llamaba solar o cuartería, hoy se le dice ciudadela.

guanajo contribuyó a aliviar el problema alimentario de su casa durante varios días. Tomaron sopa al por mayor, hasta el punto de que el agraciado no sabía ya si hubiese sido mejor no ganar la rifa.

Cuando no tenía clases, ayudaba a su padrastro en la venta de billetes de lotería, viandas y frutas, pregonando como lo hacen ahora los trabajadores por cuenta propia o apoyaba a su amigo Javier Ortiz en el proceso de secado y envase de espumaderas y cucharones metálicos que se producían en una fábrica que había en la cuadra. El padre de Javier, que era obrero fijo de aquel centro laboral, les pagaba un peso a la semana con el cual sufragaban la entrada a la matiné del domingo en el cine Erie, así como la compra de algunas golosinas. Entonces tenía nueve años de edad.

Dos años más tarde, a los once, comenzó a trabajar como empleado en una cafetería que era propiedad del esposo de su tía; dicho establecimiento garantizaba la merienda a los trabajadores de la fábrica de toallas que había en el reparto La Rosalía, de San Miguel del Padrón.

De modo que por la mañana iba a la escuela y durante la tarde y parte de la noche, incluidos sábados y domingos, trabajaba en la cafetería. Allí presenció como un carro patrullero de la policía de la tiranía perseguía a tiros a un revolucionario. Actualmente esa calle lleva el nombre del mártir Pepe Prieto.

Gavilanes



Gavilanes está ubicado muy cerca de Caballete de Casas, lugar donde estuvo el campamento de la columna invasora bajo el mando del comandante Ernesto *Che* Guevara durante la etapa final de la guerra de liberación. Allí, en Gavilanes, el Che había mandado a construir un hospital y una escuela. En 1964 ni una cosa ni la otra funcionaban bien: el hospital estaba prácticamente abandonado y, en la escuelita, había un maestro que impartía clases a los niños de aquella zona, fuera cual fuera su edad. Ese maestro era un hombre ya viejo, de tez negra, quien,

desafiando el peligro que entrañaba su labor, se mantenía allí, entre otras razones, por su amor a los niños y a tan digna profesión.

En cierta ocasión, el viejo maestro de la escuelita rural de Gavilanes, le contó al Maestrico:

—Tuve que venir a dar clases al campo, porque antes de la Revolución no había plazas disponibles en el llano y solo aquí pude conseguir una; pero ya estoy muy viejo y me voy a jubilar... Para sustituirme, seguro que mandan a un maestro voluntario —se refería a los primeros graduados en la escuela de Minas de Frío, como Conrado Benítez, el primer maestro asesinado por los alzados—. ¹⁸ Ellos iban a las escuelas rurales, en los sitios más intrincados, a pesar del enorme riesgo existente.

El éxodo hacia el llano de campesinos procedentes de esas montañas era preocupante. Algunos se alejaban de las zonas de peligro, temerosos por los desmanes que cometían los bandidos, incluso contra la población civil; otros, buscaban mejorar sus condiciones de vida. Lo cierto es que cada vez eran menos los campesinos que vivían en aquellos inhóspitos lugares. Se perdían las cosechas de café y de otros varios cultivos por falta de fuerza de trabajo que atendiera las plantaciones, con el correspondiente efecto negativo sobre la economía del país.

Gavilanes era un sitio bien intrincado, alejado de todas las comodidades y muy peligroso... pero posee una exuberante belleza natural.

La escasa población que habitaba en la zona recibió la noticia de la creación de la unidad de la LCB con cierto recelo,

¹⁸ Durante la Campaña de Alfabetización en Cuba (1961) fueron asesinados numerosos maestros alfabetizadores y alumnos campesinos: Conrado Benítez, Eliodoro Rodríguez, Luis Canosa, Antonio Navas, Aquilino Segura, Moscoso, Pedro Morejón, Modesto Serrano, Tomás Hormiga, Delfín Sen Cedré, Manuel Ascunce, Pedro Lantigua, Francisco Santana, José Taurino... y además perdieron la vida por enfermedades o accidentes más de sesenta jóvenes alfabetizadores.

sin entender muy bien que era aquello de un centro de rehabilitación; pero poco a poco fue confraternizando con los combatientes que se hallaban allí destinados.

El centro de rehabilitación se ubicó en una casona de madera, de dos plantas, la cual tenía otra construcción detrás, con varias habitaciones; contaba además con secaderos de café aledaños. Antes de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, había sido la residencia de un campesino con algunos recursos... Los vecinos comentaban que su dueño había protegido allí a la banda del cabecilla contrarrevolucionario Tomás San Gil.

Frente a la casona corrían las cristalinas aguas de un río de montaña, las cuales se empleaban para satisfacer las necesidades del campamento. En ellas, además, cada tarde, solían bañarse los integrantes de aquella improvisada unidad militar.

A los fundadores del centro se les había informado que este se creaba por decisión del comandante Lizardo Proenza, jefe de la LCB en ese entonces, para sancionar a los combatientes que incurriesen en infracciones disciplinarias.

Entre los treintaicinco fundadores del centro fueron designados, como jefe, el teniente Benjamín y como segundo, el sargento Matos —tan pequeño de estatura que la pistola le llegaba casi a la rodilla—. El instructor revolucionario era conocido como el Gallego.

Todos admiraban al Gallego por su bondad y trato correcto. A este combatiente, el fragor de la vida en condiciones de campaña le había ocasionado un extraño desajuste mental, era evidente que estaba enfermo: como castigo, se aplicaba a sí mismo una severa dieta alimentaria y, además, se pasaba las tardes —incluidas las de los domingos— hasta el anochecer, con la única compañía de su machete, chapeando los marabuzales en los alrededores del campamento. Aquello no tenía lógica alguna, pues por allí ni ganado quedaba y en aquel entonces no existía conciencia acerca del daño que podría ocasionar el

marabú. Pero, ¡había que verlo cómo macheteaba! ¡Qué energía desplegaba! Cortando caña habría sido, sin lugar a dudas, uno de los macheteros millonarios de mayor fama en todo el país. Y ese esfuerzo físico lo desplegaba sin dejar de participar, a diario, en el peine mañanero por los alrededores del campamento. A pesar de que algunos bromeaban sobre “el tueste” del Gallego, siempre fue muy respetado y querido por sus compañeros.

El castigo que se aplicaba a los que habían sido enviados al centro de rehabilitación consistía en peinar los alrededores en cada amanecer. Ese tipo de peine, llamado “peine loco”, comenzaba entre las cinco y las seis de la mañana, y concluía a las dos o las tres de la tarde. Era una misión que planteaba condiciones de elevada exigencia física y también de riesgo, pues por allí no había ninguna otra unidad de la LCB y las bandas de alzados incursionaban con relativa frecuencia en la zona.

Sin embargo, en todo un año, los integrantes de la pequeña unidad nunca llegaron a entablar combate directo con los bandidos, aunque en repetidas ocasiones detectaron huellas de su presencia en la zona; pero, al menos, lograron mantenerlos en jaque y no los dejaron dormir las mañanas.

El área a peinar cada día al amanecer, la daba a conocer el jefe en el momento de la partida, con lo cual se aseguraba la adecuada compartimentación. En ocasiones peinaban una misma área durante varios días seguidos. De haber montado algunas emboscadas nocturnas quizás habrían sido más eficientes en la tarea de aniquilar las bandas contrarrevolucionarias; pero, en realidad, nunca recibieron órdenes al respecto, ni a Benjamín se le ocurrió la idea. Por aquella época, la preparación de los jefes era aún insuficiente.

Para quienes ya habían estado operando con los batallones, aquellos peines locos no constituían una sanción tan fuerte, pues podían descansar el resto del día —lo que no resultaba habitual en las unidades de la LCB—. ¡Claro!, se

exceptuaban los de más bajo nivel de instrucción y el Maestrico, quienes después del tardío almuerzo se enfrascaban en la misión del Seguimiento.

Como casi todos eran de origen campesino, en realidad, era la mayoría la que en las tardes asistía a clases. Algunos de ellos habían sido alfabetizados en el año 1961, durante la Campaña y, como no habían continuado los estudios, ya se les estaba olvidando leer y escribir; así que casi había empezar de nuevo. ¡Y ni hablar de hábitos de estudio!

Durante los primeros tres meses de existencia del centro, comieron a diario atún o bonito en conserva y arroz. Alguna que otra vez, cazaban puercos jíbaros... e, incluso, no tan jíbaros, pues en cierta ocasión hubo que pagarle a un guajiro para indemnizarlo por el error de atrapar uno de sus cerdos.

Los combatientes ayudaban a los campesinos en la recolección de las cosechas de malanga, café y plátano, y recibían a cambio una parte, con la que mejoraban la dieta y podían salir de la rutina del pescado enlatado. Casi todos juraron no volver a comerlo en su vida. No obstante, transcurridos veinticinco años, el Maestrico —y seguramente muchos otros— tuvo que incumplir aquel juramento durante su misión internacionalista en la hermana República Popular de Angola, donde volvería a sufrir la tanda de sardina y atún enlatados, con la única otra opción que no comer. Peor aún fue tener que ingerir un tipo de masa enlatada, llamada *banderlain*, de tan mal sabor que algunos la nombraron babita de camello. Ni los cocineros de alta cocina de los más famosos hoteles de Cuba sabían como elaborar aquella masa y nunca se supo de qué estaba hecha. Se parecía al *spam* holandés, aunque era peor aún.

El centro de rehabilitación iba creciendo en la misma medida en que se iban aplicando, con mayor rigor, las medidas disciplinarias en las unidades de la LCB. Algunos cumplían la sanción y regresaban a sus unidades, mientras que otros

nuevos combatientes, quienes habían cometido alguna infracción disciplinaria, ingresaban. De esa forma, llegaron, en algunas ocasiones, a ser más de medio centenar.

El horario de clases, como ya se ha dicho, comenzaba cada día después del tardío almuerzo. Todo el personal se reunía en los secaderos de café y el Gallego, en su condición de instructor revolucionario, daba una breve charla política, que él denominaba perorata. A continuación el Maestrico daba lectura a algunas páginas de un libro vinculado con la Gran Guerra Patria de la antigua URSS.²⁰ Como no tenían ni radio, ni televisión, ni prensa, estas lecturas eran muy apreciadas por todos los miembros de la unidad. Después se efectuaba un debate acerca de lo leído, en el que el Gallego y el Maestrico actuaban como moderadores. La participación en el debate era entusiasta, espontánea y, por momentos, acalorada. (Algo parecido a la esquina caliente, en la que hoy se discute sobre temas deportivos, en particular, relacionados con la pelota, nuestro deporte nacional.) Una vez concluidas estas actividades, pasaban al aula los alumnos de más bajo nivel de instrucción, los cuales aún leían y escribían con gran dificultad... Ese era el momento en el que el Maestrico cumplía su misión.

Por las noches, también se impartían clases, en dependencia de que al conectarse la planta eléctrica (solo hasta las diez de la noche) esta funcionara, lo que con frecuencia no era posible ya por falta de combustible o por desperfectos técnicos.

La enseñanza de adultos es una labor tan o más compleja que la de niños y jóvenes. Añádase que se trataba de hombres cansados de caminar a campo traviesa por entre las montañas.

²⁰ Entre los títulos soviéticos más populares y leídos por los cubanos por esa época estaban *Un hombre de verdad*, de Boris Polevoi; *El Don apacible* y *El destino de un hombre*, de Mijaíl Shólojov; *Días y noches*, de Konstantin Simónov; *La madre*, de Máximo Gorki; *La joven guardia*, de Aleksandr Fadéyev y *Los hombres de Panfilov*, de Aleksandr Bek, entre otras.



Aprender cómo sea.

Como en todo colectivo, había algunos alumnos muy inteligentes y otros muy torpes. Todos tenían diferente grado de escolaridad y formación cultural. Los había también creyentes de diferentes religiones y cultos, y de distintas edades. Lo único común en aquel grupo era su conciencia revolucionaria, sus ansias de justicia y el interés por aprender.

De discriminación, ni hablar: allí negros, blancos o mestizos eran iguales; por encima de todo, eran compañeros de lucha e ideales. No eran seres perfectos, pero sí muy superiores a aquellos que solo valoran lo material. Y eso que constituían un grupo de combatientes sancionados por haber incurrido en indisciplinas.

El jefe del centro de rehabilitación, el teniente Benjamín, le asignó al Maestrico la tarea de brindarle apoyo, en calidad de ayudante, a un teniente del Ejército Rebelde, quien debía rectificar o ratificar, con cada campesino de la zona, las dimensiones de su finca y revisar los documentos —título de propiedad de la tierra u otro firmado por el comandante Che Guevara.

El éxodo de habitantes de la zona hacia el llano y el alzamiento de algunos agricultores —engañados por la propaganda yanqui—, quienes, sin embargo, habían sido beneficiados por la Ley de Reforma Agraria, conllevó a discrepancias y errores en cuanto a la delimitación de cada propiedad. Debe tenerse en cuenta que antes del triunfo de la Revolución, el primero de enero de 1959, el Ejército Rebelde había comenzado a distribuir tierras a los campesinos más pobres en los territorios liberados.

En compañía de ese teniente, el Maestrico hizo un recorrido que incluyó Caballete de Casas y Güinía de Miranda —nada más parecido en aquel entonces a un pueblcito del oeste sacado de los filmes de *cowboy* norteamericanos—. Atravesaron los dos solos, a caballo, esa parte del Escambray y, para sorpresa de ambos, a la metralleta del Maestrico se

le había desmontado el cargador y lo había perdido en el camino, de modo que iban prácticamente desarmados. ¡Menos mal que no tuvieron que vérselas con los bandidos!

El combate más famoso de Gavilanes lo protagonizaron los combatientes del centro de rehabilitación contra las piedras calizas del río. Resulta que el centinela nocturno decidió darle candela a la basura en la orilla de aquella cristalina corriente; pero en ella habían echado unos cuantos cartuchos considerados inservibles por el jefe de Armamento. Con el fuego, aquellos cartuchos comenzaron a detonar y el centinela, medio dormido, pensó que se trataba de un ataque sorpresivo al centro por parte de los bandidos; así que comenzó a repeler la supuesta agresión con su fusil belga, marca Fal. Al impactar las balas contra las piedras del río, se producían chispas y, en medio de la noche oscura, al centinela le parecía que los bandidos estaban tirando desde allí y gritaba:

—Están en el río, coño, que no se escapen.

Aquello fue el acabose. Los combatientes se tiraron de sus hamacas como estaban, en calzoncillos unos y desnudos otros. Organizaron, según lo previsto, la defensa circular y dispararon contra el supuesto enemigo. Fueron muchísimas las balas disparadas, hasta que, al fin, el teniente Benjamín y otros compañeros más experimentados lograron hacer cumplir el alto al fuego, tras una buena dosis de gritos y palabras obscenas. ¡Qué combate aquel!

Al Gallego, según lo planificado para este tipo de situación, le había tocado llevarse un pelotón hacia el caserío de Gavilanes, por si acaso los bandidos intentaban agredir a los campesinos y sus familias. Un buen rato más tarde, regresaron, sin haberse cruzado por el camino con un solo bandido. Si por casualidad hubo alguno cerca de allí, seguro que se alejó de la zona por una larga temporada.

El Maestrico había librado aquel combate acostado, en calzoncillos, parapetado tras el muro de un secadero de café, tirando con el fusil checo modelo M-52 contra las piedras del río. ¡Qué manera de gastar municiones aquel día!

El viejo Agustín, el de Perea, cerca de Chambas, en la actual provincia de Ciego de Ávila, también disparó desde su varaentierra. El hombre era gruñón, pero sabio en las cosas del campo y en la cacería de puercos. Gracias a él, a cada rato comían carne y descansaban del atún y el bonito en conserva. También, antes de que salieran hacia el peine e, incluso, antes del desayuno ofrecido por el cocinero de la unidad, Agustín colaba en sus cacharros el café mañanero para sus amigos más cercanos. El del viejo era un café de alta calidad que no pasaba ni por Aguada de Pasajeros, ni por Santa Clara; en fin, no era marca “Ñoo”.

El viejo Agustín hablaba con mucho amor de su familia y recordaba con tristeza su cruel pasado, lleno de miseria. En Gavilanes no había fusil más limpio que el de aquel hombre. Sufría fuertes dolores de cabeza, pero nunca se quejaba y al Maestrico le aseguraba:

—A la migraña esta, la combato yo con café y con hojas de salvia apretadas en la frente. Yo soy el más viejo aquí y tengo que ser ejemplo, incluso para usted, maestro.

El Maestrico tenía que darle las clases al viejo Agustín a domicilio, en su varaentierra, porque al hombre le daba pena con los demás por ser “tan burro”, como él decía. En realidad poseía una elevada sensibilidad humana y era muy inteligente; pero no había tenido oportunidad de cultivar esas cualidades. Había sido enviado sancionado a Gavilanes por explotársele a un oficial, pues el viejo calzaba buen geniecito a la hora de defender sus criterios. A cada rato discutía con algún otro compañero, casi siempre acerca de temas en los que él se consideraba un experto. Se ponía colérico y hablaba fuerte, pero nunca le faltaba al respeto a nadie.

Al enterarse el viejo Agustín de que el Maestrico llevaba seis meses sin viajar a La Habana a visitar a sus padres, habló con el jefe del centro de rehabilitación para que se le permitiera ir. No resultaba fácil salir de aquel lomerío. Había que caminar varios kilómetros para llegar a la carretera que va de Trinidad a Sancti Spíritus, cerca de Banao.

Agustín se encargó de cazar un puerco y freírlo, buscó una lata vacía y la llenó de carne de cerdo frita; cortó un racimo de plátano indio o morado —del que en Baracoa se conoce como “degenerado”—, todo para que el Maestrico le llevara a su familia. El joven maestro cargó en un mulo esos preciados bultos hasta la carretera y, después, en ómnibus y autos de alquiler pudo llegar a La Habana. En su casa, además de la alegría por el reencuentro familiar, fueron muy bien recibidos los obsequios del viejo Agustín.

Más de veinte años después, el Maestrico volvió a ver a Agustín en su Perea querido, ya tan viejecito, que casi no lo reconoció. Compartió con parte de su familia y tuvo la oportunidad de contarles muchas anécdotas acerca de aquel buen compañero y amigo. Agustín posee una numerosa familia: todos sus parientes y amigos pueden estar orgullosos de la excelente persona que es este padre y abuelo cubano. Aquel hombre, que podía por su edad ser el abuelo del Maestrico, poseía la educación innata del campesinado cubano y lo trataba de usted, pues él era su maestro. Aún el Maestrico recuerda cuando le decía:

—Maestro, yo lo veo a usted irse solito caminando hasta la carretera de Sancti Spíritus y me quedo preocupado. Yo sé que usted tiene que ir a ver a su familia, pero después de lo de Conrado Benítez, Manuel Ascunce y tantos otros, de los bandidos se puede esperar cualquier atrocidad. ¡Qué va! Yo voy a hablar con Benjamín o con Matos, pero usted no debe irse solo pa'l llano, sin protección.

El pase en la LCB no estaba, ni podía estar reglamentado. Mucho menos en Gavilanes, que era un centro de

rehabilitación. No obstante, cada tres o seis meses les daban un chance para darle una vueltecita a la familia.

En Gavilanes no había tienda donde comprar. Un día, en la añoranza del ron y aprovechando que los jefes estaban para el llano, varios compañeros, incluido el jefe del almacén de víveres, decidieron preparar una caja de doce botellas de vino seco, con jugo de naranja agria y azúcar prieta, para “limpiar las gargantas”.

Mientras bebían aquel fabuloso mejunje, se animaban las conversaciones y los cuentos. Y tanto que, de pronto, surgió una discusión entre dos compañeros, celosos uno del otro, a causa de una hermosa campesina de la zona, a quien ambos pretendían. De las palabras pasaron a los puños, hasta que uno de ellos sacó un revolver y le disparó al otro, hiriéndolo en la barriga.

Al instante se detuvo la riña y se crearon las condiciones para trasladar al herido hacia el llano. No había transporte disponible y, para colmo, llovía, lo que hacía más complicada la tarea. A duras penas, relevándose por tramos, llegaron con la parihuela a la carretera de Sancti Spíritus, cerca de Banao. El herido logró salvarse, casi de milagro y nunca más supieron de él... Muchos años después, en La Habana, mientras viajaba en un ómnibus que transitaba por la Calzada del Cerro, el Maestrico oyó que lo llamaban desde el fondo del vehículo:

—Maestro, maestro...

Cuando se percató de que se dirigían a él, se viró: era nada más y nada menos que aquel compañero, que había sido herido en Gavilanes, y que ahora gritaba a todo pulmón:

—¡Caballeros! Este hombre que ustedes ven aquí fue mi maestro, me enseñó a leer y a escribir y también me salvó la vida en el Escambray.

Se abrazaron fuerte, pero tuvieron que despedirse, porque ya él tenía que bajar en la próxima parada. Aquel encuentro le produjo una gran satisfacción.

Otro recuerdo imborrable fue la fiesta de la Nochebuena de 1963. Salía de pase hacia La Habana el Gallego, pero sus botas estaban en tan mal estado que eran prácticamente inservibles. Se acercó al Maestrico y le propuso una permuta temporal de calzado. El pie del instructor medía medio punto menos que de él y aquellos residuos de botas le apretaban a más no poder, pero ¡cómo negarle ese favor al Gallego! ¡Qué va!

Así que le dio sus botas y anduvo descalzo una semana. Pero, la noche del 24 de diciembre, invitaron a cenar en el centro a varios núcleos familiares de la zona y entre los invitados estaba la bella María Esther, de la cual el Maestrico estaba enamorado. No podía dejar de estar presente en la cena y no debía presentarse descalzo. En cuanto a María Esther, al decir del locutor Salamanca, el pez ya estaba en la sartén y solo le faltaba el tiro de gracia, ese en el que se pregunta:

—Bueno, mi amor, por fin, ¿serás novia mía, sí o sí?

El Maestrico limpió con esmero las botas del Gallego —o lo que quedaba de ellas— y, a duras penas, logró calzárselas. Le dolían dedos, uñas, callos, en fin, todo el pie, pero logró su objetivo: María Esther le dio el sí y se besaron apasionadamente —a escondidas de los padres de la muchacha, por supuesto—. Sin embargo, durante el regreso hacia la casa de la joven, el padre los sorprendió. No dijo nada, pero bastaba su cara de pocos amigos.

Estuvo durante varios días sin poder ver a María Esther, por dos razones: primera, el temor a las posibles represalias del padre y, segunda, el no poder presentarse descalzo en la casa de la muchacha, pues las botas del Gallego habían acabado con sus pies: tuvo ampollas para rato.

Cuando al fin logró volver a ver a María Esther, ya ella se había comprometido con otro Romeo, que sí tenía botas y era bien aceptado por el padre de la linda chica, quien se escondió apenada en su cuarto, para no tener que explicarle la verdad. ¡Cosas de esa edad!

En Gavilanes, el Maestrico participó en el velorio de un campesino de la zona. Para brindar alimento a los asistentes, mataron una vaca y prepararon comida —para comer y para llevar—. Jamás el Maestrico había comido tanta carne de res como aquella noche. El chocolate era por cubos y el café por jarros. Todo bien exagerado. Más parecía un fies-tón que un velorio.

Varios noviazgos se iniciaron esa noche ¡qué maravilla! También el Maestrico hizo lo suyo, pues para ese entonces ya era un Romeo calzado: el Gallego había retornado del pase y le había devuelto sus botas.

Fue en Gavilanes donde recibieron la noticia de que el Gobierno Revolucionario había dictado la Ley del Servicio Militar Obligatorio —después se le llamó Servicio Militar General—, y que los jóvenes que arribaban a las unidades militares los consideraban a ellos guardias viejos. El Maestrico preguntó:

—Y ¿qué edad tienen ellos?

—Entre dieciséis y veinticuatro años —le contestaron:

Él tenía dieciséis años y no lograba imaginarse que un compañero soldado de veinticuatro años de edad le llamara guardia viejo.

Resulta casi seguro que la primera obra de teatro escenificada en el Escambray —o al menos en Gavilanes—, fue la organizada por el Maestrico y algunos otros combatientes para la población, la cual fue protagonizada, en parte, por los vecinos del lugar. (Esto, ¡claro!, no disminuye la admiración y respeto que sienten por Sergio Corrieri y el grupo de teatro Escambray.)²¹

²¹ SERGIO CORRIERI (La Habana, 1939-2008). Actor, fundador del Grupo Teatro Estudio y del Grupo Teatro Escambray (1968). Protagonista del serial *En silencio ha tenido que ser*, uno de los de más exitosos de la televisión. Trabajó en doce películas, entre las que sobresalen *Memorias del subdesarrollo* y *El hombre de Maisinicú*. Desde 1990 y hasta su deceso, fue el presidente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos.

Aquella fue una obra inventada sobre la marcha, sin guion y con actores improvisados. A pesar de todo, gustó: lo que hicieron fue el doblaje de los personajes más populares y típicos de la zona, los imitaron hablando y gesticulando como ellos. No hubo nada dramático, todo fue humor y muy sano, por cierto.

Tanto en Magua como en Gavilanes, el Maestrico constató lo que ya había apreciado durante su labor como alfabetizador Conrado Benítez, en la provincia de Pinar del Río: la grandeza de espíritu y la elevada educación del campesino cubano, su extraordinaria sensibilidad para captar lo hermoso.

Más de una vez quedó maravillado ante los improvisadores del punto guajiro, en cuyos versos resaltaban elocuencia, facilidad para hacer versos de una rima casi perfecta y profundidad en el planteamiento y análisis de muy diversos temas. Incluso, aquellos trovadores contaban con una gran riqueza en su vocabulario; empleaban palabras que el Maestrico tenía que buscar después en el diccionario, pues le eran desconocidas por completo. Con sus tonadas criollas lo mismo declaraban el amor, describían la belleza de un paisaje o de una mujer, que enardecían de patriotismo al cantar la gloriosa historia de nuestra patria.

Es comprensible, que de hombres y mujeres como ellos hayan surgido el Ejército Libertador y el Ejército Rebelde.

Cuando se cumplieron los tres meses de sanción asignados al Maestrico en Gavilanes, vino a buscarlo el instructor político Dagoberto Páez Paredes, uno de los compañeros más valiosos que tuvo la LCB. A duras penas, el Maestrico logró convencerlo para que lo autorizara a quedarse en el centro, pues consideraba que era necesario allí como maestro y Páez Paredes no tenía a quien mandar que pudiera relevarlo en esta misión. Por una parte, el Maestrico

pensaba que aún no había lavado la mancha que implicaba el error cometido —por segunda vez, aunque nadie lo supiera— y, por la otra, era mejor malo conocido, que bueno por conocer.

Hasta pasado un año no volvió Páez Paredes por Gavilanes, muy apenado porque —inmerso en las tareas de la lucha por la aniquilación del bandidismo— se había olvidado del Maestrico y, sin intención, había alargado su sanción:

—Compadre, ni me acordaba de que tenía que relevarte aquí. Vamos, que tienes que presentarte en el sector C, en la ciénaga de Zapata.

Más de treinta años después, el Maestrico veía a Páez Paredes a cada rato, pues eran vecinos del mismo municipio en la ciudad de La Habana. Luego de tanto tiempo, todavía seguía el hombre apenado por haberle alargado tanto la sanción, aunque ¡claro!, sin querer. Pero el Maestrico no le guarda rencor, por el contrario, lo sigue respetando y apreciando mucho.

A principios de 1964, cuando sus superiores entendieron que había cumplido la medida disciplinaria, fue trasladado al sector C.

Nunca más se autoconcedió pase.

Al reflexionar acerca de aquellos tiempos, el Maestrico comprende que Gavilanes más que un centro de rehabilitación, fue una hermosa escuela en la que todos fueron un poco maestros y un poco aprendices.

Perseverancia



En el batey del central azucare-ro llamado Perseverancia, que después se llamó Complejo Agroindustrial 1° de Mayo, ubicado cerca de Aguada de Pasajeros, se dislocaba un sub-sector del sector C de la LCB.

El terreno por allí es llano y pantanoso hacia el sur, hasta llegar a la ciénaga de Zapata. ¡Qué distinto en relación con las montañas! ¡Allá, monte tupido y aire puro; acá, cañaverales, arrozales y marabuzales! Claro que tampoco en

esta zona faltaban hermosos paisajes ni poetas inspirados en la belleza del río Damují...

En esa unidad de la LCB, los soldados no estaban tan mal. Como se decía entonces, estaban en la placa y disponían de radio y televisión. La casa donde radicaban tenía buenas condiciones y la comida era de excelente elaboración. No eran muchos combatientes.

La diferencia entre Gavilanes y Perseverancia resultaba bien grande. La población los quería, pero su nivel de hospitalidad no alcanzaba el de los montañeses; aunque desde luego, no existe regla sin excepción.

En Perseverancia, el Maestrico conoció a uno de los combatientes de más edad en la LCB. ¡Qué viejecito aquel! Poseía una vitalidad extraordinaria y una cultura envidiable. Atendía la oficina secreta y otras labores vinculadas con la documentación. A los jefes de aquella época no les gustaba y no tenían tiempo para los papeles. Sin embargo, el viejo era rapidísimo en la mecanografía y buen conocedor de la ortografía. Sin lugar a dudas, era mucho más instruido que el propio Maestrico, no solo por sus estudios y experiencia, sino por su sabiduría. Al mismo tiempo era modesto y siempre se mostraba dispuesto a prestarles ayuda a sus compañeros. Lo mismo auxiliaba al cocinero, que al Maestrico en la impartición de las clases y durante los repasos.

Ambos conversaban a menudo y el Maestrico siempre aprendía algo nuevo con aquel viejecito. Este venerable soldado era para él algo así como un veterano mambí. Este anciano combatiente le hizo prometer que algún día dedicaría un tiempo a escribir sobre la LCB, pues él estaba viejo y no se sabía cuánto iba a durar el bandidismo en Cuba. Ese compromiso fue aceptado por el Maestrico y, aunque quizás un poco tarde, lo ha intentado con este testimonio. En realidad, el gran dictador, el tiempo, no lo permitió antes.

Un día, estaba el Maestrico ayudando a clasificar y darle mantenimiento al armamento que se almacenaba en uno de los cuartos de la casa donde radicaba la unidad, cuando,



Por el lomerío bien cargados.

por error, confundió una metralleta checa —con cargador corto, de veinticuatro cartuchos— con las que empleaban habitualmente, de cuarenta. No se percató y accionó el gatillo disparador de la metralleta, creyendo que ya le había sido extraído el cargador largo. Se escapó una ráfaga de varios tiros, por suerte, hacia el piso, por lo que no dañó a ninguno de los tres combatientes que allí se encontraba y tampoco hizo impacto en las cajas de granadas que estaban almacenadas.

Se miraron unos a otros, sin saber muy bien qué había pasado; estaban más blancos que la leche y quedaron mudos por varios segundos. ¡Qué susto!

El ajetreo en la unidad fue tremendo, pero el jefe del subsector no estaba. El teniente Rivas era un compañero muy serio y recto, al que todos respetaban mucho. Por ello, era de esperar una medida disciplinaria severa. El Maestrico se vio de nuevo cumpliendo sanción en Gavilanes.

Cuando llegó el teniente, el compañero de guardia le informó acerca de lo ocurrido y, de paso, le tiró una soberana toalla al Maestrico. Era uno de sus alumnos menos aventajados; pero mostró singular inteligencia al dar el parte, pues no ocultó lo ocurrido, aunque evitó a toda costa echarle leña al fuego.

En el momento en que tuvo que presentarse ante el jefe, este le pareció más serio que nunca. Entonces, el teniente le dijo en un tono que no admitía réplica:

—Maestro, lo que te ocurrió, le puede suceder a cualquiera que se distraiga y olvide que tiene en las manos instrumentos muy peligrosos; para ustedes se volvió una acción mecánica el procedimiento de manipular el arma y en eso radica precisamente el riesgo. Menos mal que no les pasó nada, pero hay que ser más cuidadosos. ¿Me entiendes?

El Maestrico comprendió y bajó la cabeza; avergonzado, le contestó que sí.

—Bueno, maestro, no te desanimes y ven, vamos a almorzar. ¡Mira la hora que es! —eran ya como las tres o las

cuatro de la tarde—, y me enteré de que todavía no han comido nada.

El joven maestro y el teniente se sentaron juntos a la misma mesa para almorzar y allí le siguió dando consejos, como si fuera un padre con su hijo. Con el jefe de Armamento, el teniente Rivas fue un poco más severo, por haberles permitido la entrada al local donde se almacenaban las armas a compañeros que no estaban autorizados con el fin de que lo ayudaran. Muy por el contrario de lo que había pensado, ni se habló de Gavilanes y sus alumnos se encargaron de darle un clásico borrón y cuenta nueva a este suceso.

Por entonces, la intensidad de las operaciones había mermado en este territorio y ello permitía lograr cierta sistematicidad en el desarrollo de las clases. Además, se hacían otros trabajos; por ejemplo, pasaron más de quince días cortando árboles en plena ciénaga de Zapata —cerca de San Blas—, con el agua y el fango hasta la cintura. Allí, conocieron, en carne propia, la acción maligna del tábano, del corasí y de otras especies de insectos agresivos. Eran peores enemigos que los bandidos. ¡Qué bichos esos, caray! También pudieron apreciar en directo la rica flora y fauna de la región.

La madera que cortaban se iba a emplear en la reconstrucción de unas naves que habían quemado los bandidos.

Otra tarea inolvidable que les fue asignada consistió en sacar hacia La Habana u otros lugares del país a la gente de la zona que había colaborado con los bandidos contrarrevolucionarios. Para el traslado, se empleaban ómnibus interprovinciales y se les brindaba a estas personas y sus familias todo género de atenciones y aseguramiento. A los combatientes de la LCB se les había indicado ser corteses y respetuosos en extremo. Y así ocurrió, en efecto, en lo que a ellos se refería. Sin embargo, abundaban los ataques de histeria y las agresiones verbales, que llegaban a ofensas no publicables por parte de aquellas personas. ¡Qué clase de paciencia y aguante hubo que desarrollar!

Todas esas familias fueron ubicadas en viviendas confortables y en algunos casos en muy buenas casas. Mientras, por ejemplo, los humildes padres del Maestrico, que amaban a la Revolución y luchaban por ella, vivían en un solar en Lawton. Cómo entender que el Estado les asegurara casas a quienes apoyaban moral y materialmente a los bandidos; al Maestrico y a algunos de sus compañeros no les resultaba del todo comprensible la generosa medida adoptada por la dirección de la Revolución; pero, con el tiempo reconocieron que ese paso contribuyó significativamente al aniquilamiento del bandidismo, pues lo dejó sin retaguardia.

Se obró con el humanismo que siempre ha caracterizado la obra de la Revolución Cubana y eso no pudieron entonces —ni pueden hoy ignorarlo— quienes vivieron o presenciaron esos momentos históricos, aún cuando algunos se afanen ahora en proclamar que en Cuba socialista no se respetan los derechos humanos.

Los soldados del subsector de Perseverancia participaron en la captura de una banda de alzados en el lugar conocido por Venero Viejo. Cuando el Maestrico subió al yipi del jefe, armado con su metralleta, para participar en la operación, el instructor político del sector le ordenó que se bajara, que él no le iba a permitir arriesgarse por dos razones: porque era el maestro y también el más joven. El Maestrico intentó replicarle, pero el jefe del sector apoyó al instructor político y tuvo que apearse.

Por primera vez sintió que ya no lo veían más como soldado. Al bajar del yipi del jefe, se enganchó, sobre la marcha, en uno de los últimos carros que salieron para la operación. Cuando llegó al lugar, no muy lejos, se sentía el tiroteo, con ametralladoras pesadas y todo. La acción fue tan rápida, que prácticamente llegó tarde a la fiesta. ¡Y menos mal que no llegó tarde a la unidad! Cuando regresaron los jefes, ya él estaba en el portal de la casona de madera haciéndose el santo e interesándose por lo ocurrido.

Aquella fue su última operación en campaña. A pesar de todo no logró liberarse de sendas descargas y regaños del viejito de la oficina secreta y de otro, menos viejo, que con elevada calidad lustraba las botas a los combatientes en su cajón de limpiabotas. Aquel hombre solía cobrarle la limpieza del calzado a los demás combatientes, pero al Maestrico nunca; ni siquiera se lo insinuó. ¡Cómo le iba a cobrar a su maestro! ¡Ni loco!

No obstante, al parecer alguna información llegó a la jefatura de la unidad acerca del proceder del Maestrico y, para protegerlo, decidieron trasladarlo a Santa Clara. Quizás tuvieron en cuenta los resultados de su labor docente y, por eso, lo seleccionaron para impartir clases en la Escuela de Superación para Oficiales del Ejército del Centro. O a lo mejor fue por ambas razones. Nunca se lo explicaron. Le comunicaron la orden y ya.

Manuelita



La escuela se organizó en un lugar llamado Manuelita, en el reparto Riviera, en los alrededores de la ciudad de Santa Clara.

La mayoría de los alumnos eran oficiales del Ejército Rebelde, combatientes de Playa Girón y de la LCB. Casi todos tenían muy bajo nivel escolar; una buena parte apenas sabía leer y escribir. Por razones obvias —muchos de ellos habían participado en la guerra de liberación, el aniquilamiento de la agresión de Playa Girón, la Crisis de Octubre, la Lucha contra Bandidos y otras acciones—, ninguno poseía

hábitos de estudio; sin embargo, el interés por aprender y el afán de superación eran elevadísimos.

Para algunos de ellos, esta nueva misión de la Revolución resultaba más dura que ninguna otra. Había que fajarse de verdad con los libros; pero la dedicación y el entusiasmo no daban cabida al derrotismo. Eran como niños adultos en la escuela primaria. A veces, incluso, tenía lugar alguna que otra indisciplina, sobre todo, en los recesos. Algunos se burlaban de lo “burros” que eran otros; pero todos sentían una gran solidaridad humana hacia sus compañeros y la practicaban con devoción ayudándose mutuamente en los repasos y en el estudio individual.

Cuando el Maestrico llegó desde Perseverancia a Santa Clara, ya la escuela de Manuelita estaba funcionando; pero aún seguían llegando alumnos, a quienes se les hacían las pruebas para determinar el nivel de escolaridad y organizar los grupos. Las pruebas consistían, fundamentalmente, en ejercicios de aritmética y elementos básicos de la lengua española.

Al Maestrico le correspondió impartir clases a un grupo cuyo nivel escolar fluctuaba entre semianalfabetos y segundo grado, no más. Parece que le notaron facultades —dígame carácter algo flemático— para enfrentar este nivel, que no resultaba fácil para los alumnos, pero tampoco para los maestros.

Del horario irregular de campaña pasó a un orden reglamentario bastante rígido, pues no solo se velaba por la superación escolar: se impartían charlas y conferencias o se organizaban círculos de estudio para la superación político-ideológica; se enfatizaba en lo relativo al porte militar y el aspecto personal; se trasladaban en formación de pelotones y escuadras; se rendía parte y, en fin, se tenían en cuenta toda una serie de detalles de una estricta disciplina.

Daba gracia ver a un veterano, aguerrido e histórico oficial presentarle el grupo de estudios al Maestrico, que

casi podía ser su hijo, por la edad y, además, hacerlo con el mayor respeto y solemnidad.

Las clases se daban en Manuelita; pero después cada maestro debía retornar al lugar de residencia designado. El del Maestrico era una nave ubicada cerca de la terminal de ómnibus interprovinciales de Santa Clara, lugar bastante céntrico en la ciudad.

En aquella nave, el hacinamiento era casi insoportable. Las literas eran camas de hierro de tres pisos y apenas se podía uno sentar en la de abajo. La ventilación e iluminación no podían ser peores y para todo aquel grupo de personas, que, en ocasiones, pasaba de cien, solo había dos tazas de baño y dos duchas. ¡Imagínense como sería aquello a la hora del aseo mañanero! Grande era el zafarrancho de combate que se armaba. La comida la traían al anochecer y nunca se supo dónde la elaboraban. Lo cierto es que aunque no era comparable con la de Perseverancia, superaba con creces la de otras unidades, y, además, al fin y al cabo, seguían “en la placa”.

Pero lo cierto es que hasta Gavilanes era mejor que aquella nave, por lo que el Maestrico llegó a pensar si su ubicación se trataba de un castigo. En Gavilanes estaba en el medio del monte y podía estar presentable o no; pero ahora en plena ciudad de Santa Clara y como maestro de una escuela de oficiales, se veía obligado a ir bien arreglado, a ser ejemplo de corrección y pulcritud.

El grupo de combatientes que pernoctaba en esa nave era heterogéneo: algunos pasaban de tránsito y otros residían allí permanentemente, como el Maestrico. Procedían de diferentes unidades y apenas se conocían entre sí. Se veían solo de noche y no resultaba fácil que entablaran amistad. Sin embargo, había respeto entre ellos y se observaba un elevado sentido de la honradez; todos dejaban allí sus pertenencias, en los maletines, mochilas o jologos, debajo de las camas, y nunca se supo que a nadie le faltara nada. Cuando en los años ochenta del pasado siglo XX, el Maestrico

—ya teniente coronel— visitó varias veces una unidad del Ejército Oriental ubicada a la salida de Palma Soriano hacia Mella, cuyo jefe era el entonces primer teniente Julio Zaragoza, volvió a sentir aquel espíritu de confianza entre compañeros, aquella honradez colectiva. No resulta casual que esa unidad haya obtenido durante esa etapa la condición de vanguardia de las FAR por tres años consecutivos.

Como estaba en Santa Clara, tenía la posibilidad de dar algunos paseos por la ciudad. Todavía en 1964, algunas personas observaban la costumbre de los viejos tiempos de darle la vuelta al parque Vidal, de forma que las damas se viesan de frente con los caballeros.

Los propios villaclareños le contaron que antes de la Revolución se practicaba el racismo, incluso en los paseos por el parque. Igual pasaba en Placetas y en otros pueblos y ciudades de nuestro archipiélago. ¡Menos mal que en 1964 ya ese rezago no existía! Al Maestro, fiel seguidor de las doctrinas de José Martí y criado entre blancos y negros pobres, en solares de La Habana, no le habría gustado para nada haber presenciado semejante fenómeno.

Aprovechó parte de las noches en Santa Clara para asistir a funciones en el teatro La Caridad, el cual conservaba —y aún conserva— óptimas condiciones. También asistía al cine y caminaba mucho por toda la ciudad. Llegó a conocer Santa Clara mejor que La Habana, pues cuando aquello solo conocía en la capital parte de los actuales municipios Diez de Octubre, San Miguel del Padrón, Cerro y La Habana Vieja.

De la nave donde se alojaba tenía que trasladarse hasta Manuelita en ómnibus. Estos vehículos poseían una especie de talanquera en la entrada, llevaban chofer y conductor, y funcionaban muy bien, respetando los horarios establecidos.

Solo una vez llegó tarde al primer turno de clases —con diez o quince minutos de retraso—; pero no fue precisa-

mente a causa del transporte, sino por la demora en la cola para asearse. Aunque era la primera vez que le ocurría, se puso de mala suerte, pues ese día visitó la escuela de oficiales la jefa de Enseñanza del Ejército del Centro, quien se encargó personalmente de “halarle las orejas”.

Después de la clase, le dio a conocer que, por orden del comandante Juan Almeida Bosque, se había decidido trasladar hacia sus respectivas provincias a los compañeros que no residían con sus familias en el territorio de ese ejército. Aquella noticia le cayó muy mal, le parecía que se trataba de una medida de corrección disciplinaria por su llegada tarde, ya que hasta ese momento, nadie se había preocupado por ese detalle, ni siquiera por si salía de pase o no, y llevaba varios meses sin visitar a sus familiares; pero ahora estaba tan entusiasmado con la impartición de clases a tan selecto grupo de compañeros, que le parecía injusto que no le dejaran continuar cumpliendo su labor docente.

Además, Pepe, el jefe de Enseñanza, le había hablado de que el comandante Tomassevich pensaba ir agrupando a los soldados más jóvenes de la LCB para enviarlos a cursar estudios de superación y él, con sus escasos años, podría estar entre los seleccionados. También existía la posibilidad de que pasara a engrosar las filas de la Lucha contra Piratas —actuales Tropas Guardafronteras del Minint.

Personalmente, le agradaba más la idea de ir a cursar estudios de Pedagogía, para continuar superándose; pero ni lo uno, ni lo otro. Le entregaron una carta para que se presentara en el Minfar y tuvo que irse de traslado para La Habana.

Tras dos meses de espera en su casa, aún desconocía la nueva ubicación que le daría la Sección de Enseñanza del Minfar. ¡Dos meses tardaron para tomar aquella decisión!

Al fin, lo enviaron para el batallón de transportaciones de la jefatura de Retaguardia del Minfar. Ese batallón cumplía

las operaciones especiales llamadas de “Patria o Muerte”, consistentes en recepcionar y distribuir a todas las unidades militares el armamento y la técnica que se recibía de la antigua Unión Soviética.

El jefe del batallón era el primer teniente Enrique Cámara Pérez. El segundo jefe del batallón era Teobdulio Michel Barbán,²² asaltante del cuartel Moncada. ¡Qué jefes! De ellos aprendió mucho el Maestro. Las anécdotas que aquellos hombres contaban en los ratos de descanso eran verdaderas lecciones de Historia de Cuba impartidas por sus propios protagonistas. ¡Qué maravilla!

Por los resultados de su labor integral en esta unidad, el Maestro fue seleccionado maestro vanguardia en el año 1965. Diez años más tarde, fue seleccionado oficial vanguardia de las FAR y recibió, entre otros estímulos, un reloj marca Seiko que tiene grabada una dedicatoria del Comandante en Jefe.

Al iniciarse la formación del Partido en las unidades de las FAR, el Maestro fue seleccionado trabajador ejemplar y la comisión designada le planteó que reunía méritos para su ingreso al Partido; pero valorando su juventud —solo tenía diecisiete años de edad—, se había decidido ratificarle la condición de militante de la UJC, organización de la cual fue fundador en 1962 y posponer su ingreso al Partido Comunista de Cuba por unos años. Dicho ingreso se produjo cuando cumplía la edad de veintiún años; por entonces, en fecha que coincidió con el centenario del natalicio de Vladimir I. Lenin, líder del proletariado mundial, se encontraba en la antigua URSS.

²² GREGORIO ENRIQUE CÁMARA PÉREZ (La Habana, 1929-2008). Destacado combatiente de la clandestinidad, asaltante al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, el 26 de Julio de 1953; expedicionario del *Granma* y fundador del batallón de transporte de la misión cubana en Angola. TEOBDULIO MICHEL BARBÁN (Palma Soriano, 1924-La Habana, 1992).

En el batallón de transportaciones, el trabajo era muy tenso, pues las rastras entraban y salían constantemente, y, por ello, una misma clase tenía que repetirla varias veces para que no se atrasaran los que habían salido a una determinada operación.

La disciplina era rigurosa. A los que no la acataban, el jefe del batallón les brindaba “pan con lechón” —así le decía el compañero Cámara a la suspensión del pase y también le gustaba repetir: “No vengan a bailar catana en casa del trompo”.

El batallón contaba con tres maestros: el Maestrico y dos trabajadores civiles: Manuel Fernández Guzmán era el jefe de Enseñanza de la unidad y Freddy Alonso Muñoz, el otro maestro. Entre los tres organizaban actividades culturales con la participación de artistas aficionados de la propia agrupación y cooperaban en los actos que organizaban los Comités de Defensa de la Revolución. (De este grupo surgió el apreciado actor de cine y televisión Serafín García.)

El instructor revolucionario Julio Jiménez era el máximo inspirador de estas fiestas populares. A este compañero le faltaba un riñón, que le habían tenido que extirpar por mal funcionamiento; pero le sobraba corazón para hacer por la Revolución.

Durante su estancia en el batallón de transportaciones, a principios de 1965, el Maestrico recibió la misión de buscar un piano en el hospital militar Carlos Juan Finlay y recoger al famoso artista Bola de Nieve,²³ quien iba a dar un concierto para los integrantes de la unidad, los cuales estaban en plena disposición combativa ante el peligro de una invasión

²³ IGNACIO J. VILLA Y FERNÁNDEZ, BOLA DE NIEVE (Guanabacoa, La Habana, 1911-México, 1971). Pianista y compositor. Dueño de un estilo muy personal y único, cantaba en inglés, francés, italiano, portugués. Compuso piezas antológicas, como “Si me pudieras querer” o “Arroyito de mi casa”.



Ignacio Villa, extraordinaria figura de la cultura cubana.

que preparaba el gobierno de Estados Unidos. Cuando Bola probó las teclas de aquel viejo piano exclamó:

—¡Con este piano no tocan hace mil años!

Pues bien, el genial músico, haciendo gala de su proverbial maestría, dio uno de los mejores conciertos que el Maestrico y sus compañeros hayan disfrutado jamás. Demostró que era y sigue siendo una gloria de la cultura cubana. Nunca, como aquel día, en una plazoleta a cielo abierto, con medios de audio defectuosos y un piano desafinado, sonó más bella la canción “Del puente a la alameda”. Así son los grandes artistas.

Unos meses después de que se iniciara su estancia en el batallón de transportaciones, el Maestrico fue seleccionado para pasar el primer ciclo del curso de asesores técnicos de Enseñanza de las FAR, en el Instituto Superior de Educación del Mined.

En el curso, el Maestrico y sus compañeros de aula recibieron clases de Pedagogía y de otras asignaturas que los ayudaron a irse formando como verdaderos maestros.

Aquel curso también incluyó un ciclo de conferencias relacionadas con las diferentes manifestaciones del arte y la cultura, impartidas por personalidades como Juan Marinello, quien disertó acerca de la vida y obra de José Martí; Nancy Morejón, que les habló de la poesía; el maestro Raúl Ferrer, quien narró interesantes experiencias de la Campaña de Alfabetización; el narrador Félix Pita Rodríguez,²⁴ que les trató distintos temas relacionados con la Literatura.

²⁴ JUAN MARINELLO VIDAURRETA (Jicotea, Villa Clara, 1898-La Habana, 1977). Destacado intelectual y revolucionario cubano. Activo militante comunista desde la época de la República, participó en la Protesta de los Trece. Representó al Movimiento Cubano por la Paz, fue rector de la Universidad de La Habana y embajador y delegado permanente de Cuba ante la Unesco. Se destacó por su labor ensayística, mediante la cual realizó notables estudios acerca de José

Otros conferencistas desarrollaron temas vinculados con el teatro, la danza, el cine, las artes plásticas, la música, la arquitectura, etc. Era un esfuerzo gigantesco por elevar la cultura de aquellos maestros y resultaba una verdadera lástima que la mayoría de los alumnos no pudiera captar todo lo que se impartía, a causa de su insuficiente nivel de instrucción.

El Maestríto, por ejemplo, había alcanzado el octavo grado en la secundaria básica. Solo una férrea voluntad y un tremendo deseo de superarse lo ayudaron a obtener los conocimientos de forma autodidacta. El principal método empleado en su autopreparación fue la constante lectura; leía libros de cualquier género y tema. Por esa época, abundaba la literatura de origen ruso. Hoy, los jóvenes maestros disponen de muchas otras alternativas y

Martí. NANCY MOREJÓN (1944-). Poetisa. Entre sus obras se encuentran *Richard trajo su flauta y otros argumentos*, *Nación y mestizaje en Nicolás Guillén*, *Piedra pulida* y *Poemas 1987-1992*. Obtuvo premios como el de poesía Rubén Martínez Villena de la Universidad de La Habana y el de ensayo Enrique José Varona, así como el Premio de la Crítica por *Piedra pulida* (1986). RAÚL FERRER PÉREZ (Meneses, Yaguajay, 1905-La Habana, 1993). Educador y poeta cubano. Coordinador de la Campaña de Alfabetización (1961) e impulsor de la enseñanza de adultos. Trabajó como maestro rural. A partir de 1959, ocupó importantes responsabilidades en el Ministerio de Educación. Presidió la Comisión Nacional de Promoción de la Lectura. Entre su obra se destaca *El retorno del maestro*. FÉLIX PITA RODRÍGUEZ (Bejucal, La Habana, 1909-La Habana, 1990). Poeta, narrador, ensayista, autor teatral, periodista, crítico literario, traductor, escritor de radio y televisión; colaboró en publicaciones vanguardistas. Participó en el segundo Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, en Valencia, Madrid, Barcelona y París. Obtuvo el Premio Internacional Hernández Catá con su relato “Cosme y Damián” (1946). Fue vicepresidente de la Uneac. Entre sus obras se encuentran *Corcel de fuego*, *Las noches*, *Tobías*, *Cuentos completos*, *Niños de Vietnam*, *La pipa de cerezo y otros cuentos*, *Viet Nam*, *notas de un diario*. Recibió el Premio de la Crítica por *De sueños y memorias*, y el Premio Nacional de Literatura (1985).

posibilidades para enriquecer sus conocimientos; pero sigue siendo vital crear buenos hábitos de lectura. De igual modo, al Maestro le resultó muy útil el empleo del diccionario. Ante cada palabra desconocida, acudía de inmediato a este recurso. Un diccionario bien empleado puede ser un buen maestro y no hay mejor alumno que aquel que lo consulta frecuentemente.

Al concluir el curso fue designado asesor técnico de enseñanza de varias unidades militares, entre las que se encontraban los hospitales Carlos Juan Finlay —Militar— y Luis Díaz Soto —Naval—, donde se impartían clases a los trabajadores. Estaba emplantillado en el hospital Naval, pero radicaba en el Finlay.

En este último centro hospitalario, había 16 maestras que impartían clases hasta sexto grado. Casi todas eran graduadas de la Escuela Normal y les parecía inadecuada la decisión de subordinarlas a un joven no titulado. El instructor político, compañero Linares, tuvo que hacer gala de su poder de persuasión y de toda su autoridad para convencerlas. Algunas presentaban frecuentes indisciplinas, sobre todo, llegadas tarde o ausencias. Cuando el Maestro aplicó las medidas de control requeridas, se fueron marchando. Una de las que había solicitado la baja poseía el flamante título de Doctora en Pedagogía y Letras; pero apenas sabía impartir una clase. Resultaba evidente que el título lo había comprado o se lo habían regalado, cometiendo uno de los tantos fraudes frecuentes antes de la Revolución.

Para bien de todos, las que decidieron quedarse se empeñaron en la consolidación del grupo y el trabajo docente se desarrolló cada vez de manera más satisfactoria.

En agosto de 1966, la compañera Asela de los Santos, jefa de la sección de Enseñanza del Minfar, autorizó el viaje del Maestro para cursar estudios de Ingeniería en una Academia Militar de la antigua URSS. Por coincidencia, en este viaje y con el mismo curso como objetivo, iba Freddy

Alonso, el otro maestro del batallón de transportaciones, a quien lo unía y lo une todavía una buena amistad. Ambos se encontraron en la Unión Soviética con Antonio Felipe Díaz, procedente del mismo batallón y de quien igualmente eran buenos amigos.

Hasta agosto de 1966, este joven fue soldado-maestro Pepito Tey. Luego pasó a ser un militar becado y, después, un oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; pero siempre vivió y aún vive orgulloso de haber sido uno de los combatientes de la LCB y de haber ejercido el magisterio en tan difíciles condiciones, rindiendo el merecido tributo a Pepito Tey, Frank País y otros maestros que ofrendaron su vida por la obra cultural más importante que se ha desarrollado en Cuba: la Revolución.

Bibliografía

- CRESPO FRANCISCO, JULIO: *El cerco*. Letras Cubanas, 1984.
- COFIÑO LÓPEZ, MANUEL: *La última mujer y el próximo combate*. Casa de las Américas, 1972.
- FERNÁNDEZ, JUAN CARLOS: “¿Qué fue el bandidismo?”. En: revista *Moncada*, 1975.
- FUENTES, NORBERTO: *Nos impusieron la violencia*. Letras Cubanas, 1986.
- GONZÁLEZ DE CASCORRO, RAÚL: *Aquí se habla de combatientes y de bandidos*. Editorial Letras Cubanas, 1979.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, AURELIO: *La defensa de Polo Viejo*. Gente Nueva, 1988.
- NAVARRO, OSVALDO: *El Caballo de Mayaguara*. Editora Política, 1987.
- SANTOS TAMAYO, ASELA DE LOS: *Visión de futuro*. Casa Editorial Verde Olivo, 2007.
- SUÁREZ AMADOR, JOSÉ: *La lucha contra bandidos*. Letras Cubanas, 1981.

Índice

Prefacio /	11
De Varadero al Escambray /	23
Las primeras unidades militares /	37
Magua /	47
El batallón de Camagüey /	57
Gavilanes /	73
Perseverancia /	89
Manuelita /	97
Bibliografía /	109

